

UNIVERSIDAD TORCUATO DI TELLA

Departamento de Ciencia Política y Estudios Internacionales

El conflicto armado en la República Democrática del Congo: análisis del estado de violencia continua y pasos necesarios para lograr una paz duradera en el país

Alumna: Lic. Helen Coakley

Tutor: Dr. Jorge Battaglino

Firma del tutor

Marzo, 2020

ABSTRACT

El presente trabajo de investigación pretende explorar el conflicto armado en la República Democrática del Congo desde su etapa precolonial hasta el día de hoy.

Existen varias características fundamentales que dificultan el fin de dicho conflicto; en el presente trabajo, se realizará un acercamiento hacia los elementos más importantes de este.

En concordancia con lo anteriormente mencionado, se analizarán los factores estructurales que siguen alimentando la violencia que azota al país africano y las razones por las cuales los distintos intentos de paz han resultado fallidos. Dentro de los componentes más relevantes, podemos citar el contexto histórico, su geografía, la explotación de sus recursos naturales, la intervención extranjera en los asuntos locales del país y el rol de la comunidad internacional en la duración y la resolución del conflicto.

Palabras claves: República Democrática del Congo - conflicto armado - recursos naturales - comunidad internacional.

Índice

Introducción.....	5
Objetivo general.....	9
Metodología.....	9
Estado del arte.....	10
Marco teórico.....	15
Definición del conflicto.....	22
Capítulo I: Factores estructurales en el conflicto duradero en la RDC.....	24
Antecedentes: un pasado violento.....	24
Cuestiones de infraestructura y desafíos geográficos.....	26
Fragmentación premeditada entre etnias y pueblos.....	29
Violación como arma de guerra.....	30
Recursos naturales y su papel en la violencia.....	31
Capítulo II: Interferencia externa incesante.....	34
Intervención humanitaria: ¿responsabilidad de proteger o excusa para entrometerse?.....	36
Otros Estados, la misma historia.....	41

El genocidio de Ruanda y sus consecuencias.....	42
Ventaja geopolítica.....	46
Capítulo III: Las misiones de paz.....	48
Conclusión.....	53
Bibliografía.....	56

Introducción

Como la gran mayoría de los países africanos, la RDC es un país con un pasado minado de dolor, conflictos y violencia tanto física como simbólica.

La segunda guerra del Congo, conocida como la guerra mundial africana, acontecida entre los años 1998 y 2003, arrasó el país y dejó como resultado 3,3 millones de muertos. En término de cifras, es considerado el conflicto bélico más mortífero desde la Segunda Guerra Mundial (Autesserre, 2008).

Luego de cinco años de cruenta violencia, en 2003 se firmó un acuerdo de paz tras las misiones de la ONU y, tres años más tarde, se llevaron a cabo elecciones democráticas nuevamente. Sin embargo, a pesar de este tratado y varios otros intentos para terminar el conflicto, hoy en día el país sigue en un estado de crisis continua con milicias paramilitares, lo que genera enfrentamientos entre los distintos sectores que se disputan el poder. La realidad de estos grupos que luchan por la explotación de los recursos naturales, sumados a la falta de infraestructura material, es un combo letal que no favorece el fin de la pobreza, la corrupción y violencia.

Es importante preguntar, entonces, ¿por qué el conflicto no ha llegado a su fin?, ¿cuáles son las principales causas de la persistente violencia? Estas son algunas de las cuestiones que el presente trabajo busca responder.

Para comenzar, es esencial contextualizar la historia reciente y la situación actual del país. Entre 1996 y 1997, las tropas de la Alianza de Fuerzas Democráticas para la Liberación de Congo-Zaire (AFDLC), un grupo formado por rebeldes tutsis apoyado por Ruanda y dirigido por Laurent Kabila, atravesaron Zaire y llegaron a la capital congoleña Kinshasa, donde derrocaron el Gobierno de Mobutu. Luego de este hecho, Kabila se autoproclamó presidente y renombró el país como República Democrática del Congo en mayo de 1997.

Al año siguiente, las fuerzas armadas de Ruanda y Uganda, fuertemente vinculadas con las comunidades tutsis, invadieron el territorio congoleño con el objetivo de remover a Kabila del poder. Esta intervención militar fue provocada por la expulsión de los miembros tutsis del Gobierno de Kabila y la creación de un sentimiento antitutsi en general. Sin embargo, los esfuerzos de Ruanda y Uganda fueron en vano. Sus tropas

fueron detenidas por una alianza internacional compuesta por Angola, Namibia, Zimbabue y la recientemente creada RDC.

Después de dos años de combate, todos los países involucrados firmaron un acuerdo de paz en la ciudad de Lusaka¹. Desafortunadamente, dicha paz no prosperó y los enfrentamientos continuaron a pesar de la presencia de más de 5000 cascos azules, que fueron enviados por la ONU para monitorear el cese del fuego. La Misión de las Naciones Unidas en la República Democrática del Congo (Monuc) fue la primera misión de paz que lanzó el Consejo de Seguridad con el objetivo de supervisar la desvinculación de grupos armados y actuar como un intermediario entre las partes que firmaron el acuerdo (UN Peacekeeping, s.f.).

En enero de 2001, el presidente Laurent Kabila fue asesinado por uno de sus guardaespaldas; su hijo, Joseph Kabila, fue nombrado sucesor. El Gobierno de la RDC, los rebeldes y los partidos de la oposición firmaron otro acuerdo de paz en Pretoria a fines de 2002 para lograr concluir con cuatro años de guerra civil y formar un Gobierno transicional. Esta medida fue un rayo de esperanza en el sistema internacional, que, sumada al cambio de jefe de Estado, podría traer la tan ansiada paz al país.

No obstante, antes de convocar a elecciones democráticas, Joseph Kabila formó un Gobierno con figuras extremadamente polémicas. Dos de los vicepresidentes que asumieron su cargo en julio de 2003 fueron exlíderes guerrilleros del Movimiento para la Liberación de Congo (a favor de Uganda) y de la facción de Goma de la Unión Democrática de Congo (partidaria de Ruanda), acusados de crímenes de lesa humanidad desde 1998. Dicha medida fue tomada como parte de la estrategia de conformar un Gobierno de unidad con el objetivo de poner fin a la guerra. Sin embargo, la paz no prevaleció y los enfrentamientos armados continuaron en el este del país, ya que varios grupos rebeldes, como los Mai Mai, no estaban incluidos en el acuerdo.

Un mayor optimismo inundó la región para lograr una paz duradera tras la firma de un acuerdo en la ciudad de Goma, RDC. En marzo de 2009, el Congrès National pour la Défense du Peuple (CNDP) aceptó un cese del fuego con el Gobierno congoleño. En

¹ El acuerdo de julio de 1999 fue suscrito por los presidentes de Uganda, Yoweri Museveni, de Ruanda, Pasteur Bizimungu, de Zimbabue, Robert Mugabe, y por el ministro de Defensa de Angola, Kundy Paima; además, también fue firmado por el jefe de Estado de Zambia, Frederick Chiluba. Los rebeldes no firmaron.

consecuencia, el CNDP se convirtió en un partido político y los soldados pertenecientes al movimiento M-23 se incorporaron en las Fuerzas Armadas de la RDC (Rojas, 2012)².

A pesar de la nueva esperanza, el líder del CNDP, Laurent Nkunda, resultó ser poco confiable para el proceso de paz por lo que se tomó la decisión de reemplazarlo por Bosco Ntaganda en la mesa de negociación, un individuo acusado de crímenes de guerra por la Corte Penal Internacional en 2006 (International Criminal Court, 2019)³. Como se mencionó anteriormente, es muy importante que todas las partes del conflicto estén presentes en la mesa de diálogo para llegar a una paz duradera; no obstante, la participación de individuos implicados en crímenes de guerra generó más inestabilidad y menos confianza en el proceso, lo que aumentó las probabilidades de tensiones y enfrentamientos en el futuro del país.

Mientras que la comunidad internacional y Monusco⁴ celebraron la paz y la estabilidad que supuestamente lograría el nuevo acuerdo, otros actores criticaron la decisión, advirtiendo que este nuevo “matrimonio” entre grupos por conveniencia podría terminar con consecuencias muy graves para la región.

Joseph Kabila fue reelecto presidente durante las fraudulentas elecciones de 2011. Es interesante notar la gran cantidad de analistas que trazan paralelos entre su forma de gobernar y la de su padre, señalando que es una versión más joven y sofisticada, pero con el mismo paradigma, que depende de un círculo muy reducido de personas de confianza; su poder estaba construido sobre la base del patrocinio y sin sustento político (Deibert, 2012).

A pesar de las claras grietas que había en el acuerdo, el sistema internacional se mostró conforme cuando las fuerzas de la ONU apoyaron el lanzamiento de Operación Kimia II en marzo de 2009, una campaña armada por el ejército congoleño contra las Fuerzas Democráticas para la Liberación de Ruanda (FDLR). Además, aprobaron la

² El movimiento M-23 o *23 mars*, “23 de marzo”, es un grupo de rebeldes que formó parte del CNDP. La mayoría es de etnia tutsi y tiene lazos con líderes de Ruanda. La ONU asegura que M-23 cuenta con apoyo económico-militar del Estado ruandés. La milicia fue dirigida por varios miembros importantes del CNDP, por ejemplo, el coronel Sultani Makenga y el general Bosco Ntaganda. Su nombre viene del acuerdo de paz fallido de 2009 que firmó el CNDP con el Gobierno de la RDC. Los soldados del M-23 abandonaron el Ejército nacional después de tres años en abril del 2012 al denunciar maltrato por parte de las Fuerzas Armadas congoleñas.

³ En noviembre 2019, Ntaganda Bosco fue condenado a 30 años de prisión por 18 crímenes de guerra que incluyeron asesinatos, violaciones, esclavitud sexual y el uso de niños soldados.

⁴ La operación de Monuc se renombró Monusco en julio 2010 con objetivos actualizados.

intervención cuando supieron que Ntaganda estaba actuando como subcomandante de las Fuerzas congoleñas. Los líderes de la Monuc optaron por creer las garantías exhibidas por el Gobierno congoleño, reconociendo, así, que Ntaganda no estaba involucrado.

Según una investigación, entre enero y septiembre de 2009, más de 1400 civiles fueron asesinados en las provincias congoleñas de Kivu del Sur y Kivu del Norte, de los cuales 701 fueron ejecutados por la FDLR y el resto por las fuerzas aliadas a los Gobiernos de la RDC y Ruanda. Durante la misma época, 7500 mujeres y niñas fueron violadas y más de 900 000 personas resultaron desplazadas por la violencia y la situación crítica del país (Deibert, 2012).

En noviembre de 2012, cuando el movimiento M-23 se rebeló contra el Gobierno congoleño y tomó control de la ciudad de Goma, quedó en evidencia que el acuerdo de paz y el gobierno unido había fracasado. Las atrocidades no cedieron y el país actualmente continúa en la búsqueda de estabilidad y paz.

La violencia progresiva llevó a la erupción de protestas masivas en 2015, en las cuales los manifestantes exigieron la renuncia del presidente Joseph Kabila. La Constitución del país fue violada en 2016 cuando el mandatario siguió en el poder hasta las elecciones presidenciales acontecidas a fines de 2018. Félix Tshisekedi, candidato de la oposición, fue declarado victorioso en enero de 2019 bajo fuerte rumores de fraude.

Las hostilidades entre grupos continúan hoy en día y, para peor, el país se ve afectado por un brote de ébola, cuyo primer caso fue registrado en agosto de 2018. El este de la RDC está en estado de crisis por la presencia de la enfermedad, que ha empeorado debido a la débil infraestructura y al déficit de acceso a servicios básicos de salud e higiene. Si a esto le sumamos la extrema desconfianza general de la población en la medicina tradicional occidental, el resultado final es realmente preocupante.

Objetivo general

El objetivo general es evaluar los diversos factores que impactan en el conflicto en la República Democrática del Congo (en adelante, referida como RDC), poniendo especial énfasis en la influencia que cada elemento produce en la continua alimentación de la violencia en la región.

Metodología

La metodología elegida para llevar a cabo la investigación es de carácter cualitativo y descriptivo.

En principio, a modo de acercamiento, se efectuó un análisis bibliográfico extensivo para dar sustento a la hipótesis basada en la importancia de considerar todos los factores que impactan en el conflicto, para luego poder entender las causas de los fallidos acuerdos de paz.

Con tal fin, la presente investigación pretende examinar en profundidad los siguientes componentes que son determinantes en la prolongación de la violencia: el contexto histórico desde la etapa precolonial hasta nuestros días; la explotación de gran variedad de recursos naturales en el país; la intromisión de potencias hegemónicas en la política nacional; el rol desempeñado por estas en el conflicto perpetuo.

Teniendo en cuenta lo anterior, se presentará un análisis exhaustivo sobre el papel de la comunidad internacional en la RDC, las acciones tomadas y los distintos intereses en el país africano.

Finalmente, se estudiará el enfoque de las misiones de paz precedentes y las características específicas de la violencia en la RDC, entendiendo a ambas variables como fundamentales para poder identificar estrategias efectivas en futuros proyectos de paz y desarrollo.

Estado del arte

Se han efectuado numerosas investigaciones sobre la larga duración del conflicto armado en la RDC. Renombrados autores han aportado importantes observaciones en el análisis de la influencia del contexto histórico en un conflicto tan duradero. Uno de ellos, Nathan Nunn, en su investigación *The Long-term Effects of Africa's Slave Trades*, evaluó el antiguo comercio de esclavos y el impacto económico actual producido por el sistema esclavista en los países involucrados. A partir de su trabajo, estableció una relación directa entre los esclavos extraídos y la debilidad económica de su país de origen. De este modo, determinó que existe un desarrollo económico más débil y menos estable en regiones donde predominó el comercio esclavista. En este sentido, la RDC fue un país en el que se extrajo una gran cantidad de mano de obra forzada y, en consecuencia, su pasado como exportador de esclavos podría haber impactado en su actual inestabilidad económica (Nunn, 2008).

Asimismo, Nunn retoma la idea de Jeffrey Herbst, quien analiza varios Estados africanos que continúan sin poder recaudar impuestos ni brindar servicios públicos básicos debido a la falta de control en algunas regiones (Herbst, 1997). En su investigación, sentencia que el subdesarrollo en África es un resultado directo del Estado fallido, surgido de las estructuras políticas inestables y débiles reinantes en su época precolonial. El autor concluye que tanto la falta de desarrollo político durante el periodo colonial como las estructuras políticas limitadas en los años anteriores a la colonia condicionaron el devenir en la etapa pos independencia en el continente. Por esta razón, afirma que los Estados poscoloniales no tenían (ni tienen actualmente) la infraestructura necesaria para mantener el poder y la autoridad en todo el país.

Otro gran aporte al tema de investigación lo realizó Tom Crane, quien analizó los distintos factores que impactaron en los diferentes procesos de paz en la RDC en el período 1996-2016. El autor hace hincapié en las variables de negociación que inhiben la llegada a una paz duradera. Su trabajo se enfoca en las diferentes teorías que fueron consideradas a la hora de coordinar las negociaciones de paz. Una de ellas es la teoría de *veto players* de Cunningham (2013), que se basa en la multiplicidad de actores en un conflicto. Este supuesto afirma que es lógico que las negociaciones sean procesos más complejos y de larga duración. Crane examina además la teoría de *spoilers* de Stedman (1997), en la cual hay grupos sociales que no salen beneficiados de la resolución del

conflicto por la posible pérdida de poder; por lo tanto, al ver perjudicados sus intereses, dichos actores ponen obstáculos a la firma de un eventual acuerdo de paz.

Otra tesis valorada es la teoría de la madurez del conflicto, establecida por William Zartman. En esta, el autor indica que, en muchos casos, los conflictos no se pueden resolver hasta tanto todas las partes implicadas en este estén dispuestas a negociar. Suena muy obvio lo planteado, pero, en efecto, las partes llegan a tal escenario cuando sus medios (usualmente unilaterales) para conseguir lo que desean son obsoletos y se encuentran en una posición poco cómoda. En ese momento, ocurre la madurez del conflicto y los grupos se vuelven más abiertos a negociar o a aceptar las propuestas existentes con anterioridad (Zartman, 2015). El trabajo destaca la presencia de actores en la RDC cuyos intereses no fueron abordados suficientemente en las negociaciones que condujeron al acuerdo final, el cual decretó finalmente el cese de la segunda guerra del Congo en diciembre de 2002⁵.

Es importante notar la participación de nueve países en ese conflicto. A pesar de la conformación de un Gobierno transicional en el 2003, Burundi, Uganda y Ruanda han realizado incursiones en el este de la RDC, las cuales fueron motivadas por sus propios intereses de seguridad nacional. El ejemplo demuestra que existen numerosas partes externas que participan y, a su vez, muchas de estas siguen beneficiándose de la inestabilidad del país después del acuerdo de paz. Sumado a lo anterior, el estudio de Zartman llegó a la conclusión de que la falta de control y gestión por parte del Gobierno congoleño en el extenso territorio es una de las razones principales por las cuales el país no logró una paz duradera, no obstante las negociaciones para acabar con el conflicto.

En el contexto de las guerras del Congo en el período 1996-2003, el análisis de Erna Sif Bjarnadóttir complementa la teoría de las nuevas guerras, establecida por Mary Kaldor. Este enfoque explica que se ha modificado el paradigma de los conflictos armados a partir del final de la Guerra Fría. Hoy en día, las partes del conflicto se ven más beneficiadas con la violencia sostenida que con la victoria final, por lo tanto, hacen uso de esta para seguir alimentando la guerra. Kaldor define esto como una condición social que se trata de un cambio en los tipos de actores, los objetivos, el marco económico y las víctimas (citado en Sif Bjarnadóttir, 2017). Los resultados del trabajo de Bjarnadóttir

⁵ Los acuerdos de paz fueron los siguientes: Lusaka, en 1999; Sun City, en 2002; Pretoria, en 2002; Luanda, en 2002.

mostraron que el caso de las guerras del Congo coincide con la teoría de las nuevas guerras, dado que en los conflictos participó un abanico de organismos tanto estatales como no estatales.

Es menester agregar que Bjarnadóttir señala una mayor presencia de grupos paramilitares e insurgentes que de ejércitos nacionales en los enfrentamientos armados. Además, el autor indica que los objetivos de los actores fueron más complejos que el simple hecho de controlar ciertos territorios y poblaciones. En este sentido, destaca la dificultad de comprender las metas finales de los diversos grupos, ya que, en lugar de luchar por la democracia o por una ideología política, estos eran incentivados por sus propios intereses personales o políticos. Por otro lado, Bjarnadóttir identifica a las víctimas como civiles y refugiados, por lo que establece un puente con los civiles inocentes analizados por Kaldor en la teoría de las nuevas guerras. En el desarrollo de su reflexión, propone que la explotación de recursos naturales por parte de los grupos armados en el país no fue el objetivo del conflicto, sino un instrumento para seguir financiando la guerra. Al final, concluye su análisis con la importancia de reconocer el nuevo paradigma y modificar el enfoque mediante el cual se abordan las guerras contemporáneas, puesto que la simplificación de tales conflictos dificulta y limita el proceso de su resolución (Bjarnadóttir, 2017).

La literatura publicada hasta el día de hoy aporta información y conocimiento que enriquece la comprensión del conflicto en la RDC. La mayor parte de los análisis se enfocan en el contexto histórico y su pasado sangriento, así como también en las misiones de paz y la violencia perpetua. Cabe notar que omiten un análisis profundo de las teorías centrales sobre relaciones internacionales, de las causas de guerra y de la continua intervención extranjera en el país. De este modo, es esencial examinar la participación sistemática de Estados Unidos en la política interna del Estado africano, el rol de la RDC en la época posterior a la Guerra Fría y el impacto que siguen ejerciendo los intereses externos hoy en día.

Teorías acerca de la resolución de conflicto: el impacto hegemónico en procesos de paz bilateral

Lorna McGregor examina el efecto negativo de llevar a cabo un proceso de paz con tan solo dos actores principales, desoyendo a la mayor parte de la sociedad. En el

contexto de las negociaciones en Sri Lanka, argumenta que la participación internacional en aquellos procesos lleva a la interpretación externa del conflicto, la cual es completamente diferente al retrato interno. Por ende, se genera una simplificación del problema y de su resolución, que incluye únicamente a los actores más evidentes y deja afuera a otros grupos que también forman parte de la identidad del conflicto.

Más allá de la simplificación del proceso, la autora destaca la oportunidad de conectar a actores con múltiples identidades que complican más la disputa. Si los procesos son demasiado limitados y solamente dirigidos por las élites locales, como sucedió en Sri Lanka (donde el foco fue exclusivamente la relación entre los cingaleses y los tigres de liberación del Eelam Tamil [LTTE] como representantes del pueblo tamil), aquellos efectos reductivos sintetizan el conflicto y pueden ser perjudiciales para una paz duradera, ya que no considera la opinión o la participación del conjunto de la sociedad. En el caso de Sri Lanka, esta decisión subestimó a actores claves, tales como la comunidad musulmana y el partido Janatha Vimukthi Peramuna (McGregor, 2012)⁶.

Ian Shapiro y Casiano Hacker-Corden afirman que limitar a los sujetos involucrados en el proceso de paz puede llevar a grandes tensiones que se desarrollan entre los niveles *grassroots* y las élites de la sociedad, lo que allana el camino para conflictos continuos o nuevas disputas. Cuando los actores principales y la comunidad internacional son los únicos participantes y no se toma en cuenta al conjunto de la sociedad (*the inner edges*), el resultado refleja solamente los intereses de los que colaboraron (Hacker-Corden & Shapiro, 1999). Por otro lado, en la teoría de Habermas denominada *dangerous legitimation deficiencies*, también entra en juego la idea en la cual los actores presentes en el proceso de paz no son completamente representativos y son ajenos a la realidad del conflicto, a nivel *grassroots* (Habermas, 2000).

Por otro lado, el análisis de Dianne Otto sobre derecho internacional muestra que un proceso de paz dirigido por élites puede producir similitudes con un modelo de colonias. Para ello, la autora se basa en estudios realizados sobre el período de descolonización de la India, donde el dominio de las clases dominantes y la exclusión de otros sectores de la sociedad crearon grupos subalternos que se sintieron ignorados y aislados del proceso (Otto, 1996). Esto podría llevar a una sociedad eternamente

⁶ El partido Janatha Vimukthi Peramuna (o JVP) es un movimiento comunista marxista-leninista que participó en dos revueltas contra Gobiernos de Sri Lanka en 1971 y 1987.

fragmentada, la cual sigue el mismo camino que el modelo colonialista (McGregor, 2012).

Bouvier identifica diversas temáticas similares en su trabajo *Lessons for Colombia's Peace Talks in Oslo and Havana*, analizando cómo las negociaciones deben considerar todos los factores ambientales e incluir a todos los grupos involucrados en la violencia y el conflicto del país para asegurar un proceso integrador de paz sostenible. Ella también hace hincapié en el rol clave de participación y respaldo de la sociedad civil en las discusiones de paz. Si bien es un desafío titánico lograr representar a todos los sectores sociales, es crucial para llevar a cabo un exitoso acuerdo de paz (Bouvier, 2012).

Marco teórico

El punto de partida de este trabajo para identificar y abordar los factores que impactan en el conflicto duradero en la RDC es examinar algunas de las escuelas principales de relaciones internacionales, a saber, el realismo y el liberalismo.

La Guerra Fría fue un antes y después en el campo de las relaciones internacionales. Hay autores que afirman que el resultado perjudicó el pensamiento realista y favoreció la idea liberal, ya que el mundo se acercó a la cooperación, a la integración y a la interdependencia global. La era del imperialismo y el colonialismo terminó; sin embargo, el neocolonialismo comenzó a determinar las vinculaciones entre los grandes Estados del hemisferio norte y sus excolonias del sur. Las potencias mundiales ya reconocían el peligro de otra guerra mundial, pero los conflictos locales y étnicos seguían caracterizando las relaciones internacionales, como se puede ver en muchos países africanos. Como vemos, continuaban sonando los ecos que pregonan el no conflicto entre Estados democráticos.

En la escuela del liberalismo, existe la esperanza de que se puede lograr la creación de un mundo más seguro donde los Estados vivan en paz. Los tres componentes en los cuales esta corriente se sustenta incluyen, en primer lugar, la idea de que los Estados son los actores principales del sistema internacional, pensamiento análogo al pensamiento realista. En segundo lugar, hallamos que las características internas de un país varían de manera significativa y, por consiguiente, afectan notablemente la conducta de los actores. De este modo, como tercer elemento, encontramos que los liberales favorecen ciertos tipos de regímenes por sobre otros, estableciendo así las diferencias entre las democracias y los sistemas totalitarios. En efecto, existen Estados “buenos” y “malos” en el sistema internacional, según los liberales.

La paz democrática

Diametralmente opuesto al realismo, el liberalismo sostiene que la cuestión del poder no tiene mayor influencia en el comportamiento de los “buenos” Estados. Esta

doctrina además segura que los Estados “malos” pretenden ganar poder a costa de otros Estados, pero que se equivocan en sus objetivos.

Michael Doyle, basándose en la hipótesis de Immanuel Kant, afirma que la emergencia de Estados pertenecientes a la lógica republicana de división de poderes y de reconocimiento de las libertades políticas y civiles, junto con la elección de un sistema de libre mercado, genera una zona de paz en la que los Estados que se identifican con estas características no generan conflictos entre sí. Según Doyle, estos crean un *engagement force*.

Los fracasos de la paz democrática son producto, por un lado, de lo que Doyle llama *imprudencia vehemente*. Según el autor, esto surge cuando una o varias democracias liberales intentan conjuntamente sofocar los peligros de lo que estas consideran un Estado paria y, en lugar de mejorar la situación para generar un florecimiento o despertar liberal, propician situaciones de violencia y enemistad. Por otro lado, los fracasos también se producen cuando los países que no logran reunir los atributos de una sociedad republicana se enfrascan en grescas con otros Estados que cometen el perjuicio de autodenominarse liberales cuando, en realidad, no lo son (Doyle, 1983).

La teoría de la paz democrática sustenta que la extensión de la democracia en el mundo rebatiría el impacto de la anarquía en el sistema internacional. Según este análisis, a nivel estructural, ya no habría motivos de guerra. A pesar de plantear dos conceptos muy distintos, es importante notar que Doyle y el realista Kenneth Waltz coinciden en un concepto básico, el cual plantea que los Estados democráticos entran en guerra con países no democráticos.

Como ya sabemos, a lo largo de la historia, las intervenciones de países democráticos en el continente africano han sido innumerables. Existe la teoría que considera a los países no democráticos como “malos” y la única opción que tienen las democracias es declarar la guerra contra aquellos parias para luego intervenir en su política interna y “establecer” la paz. Paradójicamente, la acción de intervención se convierte en un deber para eliminar la amenaza de conflicto.

Realismo

Para entender el rol de las superpotencias en el continente africano, hay que tener en cuenta el concepto del realismo estructural de Waltz, el cual plantea que los Estados, como actores, necesitan mantenerse saludables dentro de un entorno anárquico.

Cabe destacar que el siglo XX fue una época de inmenso conflicto en el sistema internacional con consecuencias devastadoras para muchos países; sin embargo, a pesar de que los últimos años fueron positivos, el recuerdo de la guerra no disminuye. Waltz indica que el optimismo de celebrar 25 años de paz relativa después de tiempos prolongados de guerra es bastante ingenuo.

El realismo también pone en duda tanto la durabilidad y los efectos de la interdependencia estatal (tal como se generó durante la Pax Britannica) como el sistema económico mundial construido por Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial, que luego fue modificado para favorecer sus intereses (Waltz, 2000).

Por otro lado, la escuela realista hace hincapié en la eliminación de la amenaza soviética al final de la Guerra Fría. Durante dicho conflicto, hubo 300 000 tropas estadounidenses en Europa, pero luego esa cantidad disminuyó considerablemente. Sin embargo, siguen habiendo 35 000 soldados de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) en el continente europeo hoy en día, 28 años después (Gibbons-Neff & Schmitt, 2019). Esto explica porque los realistas se rehúsan a creer que ya cedió el conflicto y la guerra en el mundo.

Como plantea este paradigma, a partir de la disolución de la Unión Soviética, el sistema internacional pasó de una estructura bipolar a una unipolar. Este cambio fundamental modificó la conducta de los Estados y los resultados de sus interacciones. Estados Unidos, como país hegemónico, vio la intervención en la política interna de las naciones débiles como una acción necesaria. Bajo la bandera de llevar democracia y ayuda, ocultó sus verdaderas intenciones de protección, sus propios intereses, ejerciendo presiones políticas sobre otros núcleos estatales. Un ejemplo clave que presenta Waltz es el caso de la caída de Yugoslavia, que terminó en un genocidio en los Gobiernos sucesivos. En ese hecho, el Gobierno de Estados Unidos tomó acción cuando el senador Robert Doyle elevó la cuestión de Bosnia en las elecciones presidenciales, demostrando

que el Estado no actuó por cuestiones de seguridad propias, sino por motivos de política interna (Waltz, 2000).

Realismo ofensivo y defensivo

En contraposición con la corriente de realismo defensivo pregonada por Waltz, emerge la figura de John Mearsheimer, quien se sitúa en la rama del realismo denominado ofensivo. Tanto Waltz como Mearsheimer argumentan que los Estados aumentan su poder a raíz de la anarquía existente en el sistema internacional, es decir, por la falta de un gobierno central en el mundo; no obstante, se diferencian en la cuestión cuantitativa de poder. Para Waltz, los Estados buscan sobrevivir y mantener su posición en el sistema internacional, mientras que, según Mearsheimer, un Estado busca la hegemonía para estar seguro y eliminar la amenaza de otros (un poder hegemónico para dominar al resto).

En el realismo defensivo, las grandes potencias buscan el equilibrio de poder, porque los Estados quieren garantizar su seguridad. En ese marco, el mejor escenario global se basa en un sistema bipolar, con paridad y disuasión nuclear, y el peor escenario es un mundo multipolar, sin paridad y con disuasión convencional.

En el caso del realismo ofensivo, donde la bipolaridad es más pacífica que la multipolaridad, la preocupación se centra en las capacidades relativas de cada polo de poder y no se limita tan solo a contar el número de grandes poderes en un sistema, como establece el realismo defensivo de Waltz. Los grandes problemas ocurren cuando en un sistema multipolar un Estado adquiere mucho poder. Según el realismo estructural de Mearsheimer, el Estado es revisionista, ya que analiza constantemente sus relaciones con otros, debido a la imposibilidad de saber las intenciones de los demás países. Sin embargo, desde la perspectiva de Waltz, los Estados son “statuquistas”, es decir, buscan preservar el poder en vez de incrementarlo, tal como afirma el realismo ofensivo. Para Mearsheimer, a diferencia de Waltz, los Estados son actores racionales.

Otro elemento para destacar es el marco geográfico donde, según Mearsheimer, el agua es un *stopping power* que limita la capacidad de lograr la ansiada hegemonía. Cuando dos grandes potencias están separadas por una masa de agua, se disminuye la capacidad militar ofensiva entre ellos. Por lo tanto, el océano, el mar o cualquier cuerpo

de agua actúa como obstáculo a la hora de lanzar un ataque contra el enemigo. Toma como ejemplo para sustentar su idea el hecho de que el Reino Unido nunca intentó dominar la Europa continental (Mearsheimer, 2001). Este hecho aumenta la viabilidad para que las grandes potencias que se encuentran en la misma masa de tierra tengan la tendencia de atacar y conquistar a otros, por lo que aumentan las probabilidades de conflicto con países vecinos que comparten frontera terrestre. Es evidente que, en el caso de la RDC, la geografía trae consecuencias perjudiciales para el Estado, ya que comparte frontera con nueve países. Si bien no se identifica ningún Estado de África como potencia mundial, claramente es más factible para otros intervenir en el territorio congoleño con tan diversos límites terrestres.

Liberalismo: el rol de las instituciones internacionales

Desde el punto de vista liberal, las instituciones internacionales realzan la posibilidad de cooperación entre Estados, para disminuir así el riesgo de guerra. Sin embargo, los organismos no eliminan la realidad anárquica del sistema, sino que establecen reglas y pautas de competencia y comportamiento entre los países. Cabe destacar que dichas reglas no son leyes impuestas por entidades que controlan los Gobiernos, sino que son principios que fomentan el correcto comportamiento entre distintos actores (Hurrell, 1992). Según los liberales, las consecuencias para una nación que va en contra de esas reglas es la condena del resto de la comunidad internacional. El castigo podría ser de carácter económico e incluso podría afectar la credibilidad del país en otras cuestiones internacionales. En este sentido, Andrew Hurrell propone que los Estados aceptan pertenecer al sistema legal internacional porque reconocen que su participación y su colaboración en ese entramado de naciones protege sus intereses a largo plazo (Hurrell, 1992). De este modo, se ve la relevancia de los organismos internacionales en su afán por moderar el comportamiento de los Estados, mantener la paz y la seguridad internacionales, promover la cooperación para la resolución de conflictos de carácter internacional, intervenir en los genocidios y las violaciones de los derechos humanos, etcétera.

En este punto, es esencial entender cuáles son los Estados que cumplen con las condiciones y quiénes son los actores que crean las reglas. Mearsheimer remarca la poca influencia que tienen las instituciones sobre la conducta de las grandes potencias, pues

fueron ellas quienes las crearon y moldearon con el objetivo de mantener o aumentar el poder que tienen. Tal como afirman Tony Evans y Peter Wilson, las instituciones son “arenas for acting out power relationships” [escenarios para entablar relaciones de poder] (citado en Mearsheimer, 2001).

La Organización de las Naciones Unidas (ONU) destaca en su carta orgánica que la entidad se basa en el principio de igualdad soberana de todos sus miembros (Carta de las Naciones Unidas. Capítulo 1: Propósitos y Principios, s.f.). Sin embargo, es importante considerar una de las críticas más notables de la estructura de esta entidad: el poder de veto en el Consejo de Seguridad, es decir, la capacidad de los miembros permanentes de la organización de ejercer su derecho para evitar la aprobación de una resolución. China, Francia, Rusia, Reino Unido y Estados Unidos tienen el privilegio de bloquear cualquier resolución o acción que no les favorezca, por lo que se les da el poder de proteger sus propios intereses. Mearsheimer pronostica que la autoridad de la ONU se verá reducida en el futuro con la incorporación de nuevos miembros al Consejo de Seguridad, especialmente si sigue vigente el poder de veto para las grandes potencias (Mearsheimer, 2001).

No hay duda de que existen varios ejemplos que demuestran tal debilidad en la estructura de la ONU. Uno muy destacado sucedió cuando Estados Unidos no apoyó el segundo mandato de Boutros Boutros-Ghali como secretario general, aunque 14 de los 15 miembros en el Consejo de Seguridad y los demás 184 países lo habían elegido para continuar su mandato. A pesar de la abrumadora mayoría, Boutros Boutros-Ghali no reasumió el cargo, ya que el poder que maneja Estados Unidos respecto de los organismos internacionales es extraordinario. En general, la decisión de ese país es definitiva; en los casos donde no logra su cometido, ignora la institución y actúa de acuerdo con sus propios intereses (Mearsheimer, 2001).

Colonialidad y modernidad. Clasificación social racial

Otro autor que provee una mirada relevante respecto al colonialismo sufrido en distintas partes del globo por países hegemónicos es Aníbal Quijano. El sociólogo afirma que con la conquista de distintas sociedades, especialmente en América Latina y África, comenzó la formación de un nuevo orden mundial, lo que generó hoy en día un poder

global que domina el planeta. Los explotados y dominados de dichas regiones son las principales víctimas de una brutal extracción de recursos durante varios siglos.

Para dicho autor, existe una relación de dominación directa, política, social y cultural de las potencias occidentales sobre los conquistados de todos los continentes. Dicha relación se conoce como colonialismo (Quijano, 1992). La dominación colonial, en su aspecto político, ha sido superada en la amplia mayoría de los casos: América lo hizo en el siglo XIX; posteriormente, luego de la Segunda Guerra Mundial, lo consiguió África. No obstante la desaparición del colonialismo político, la relación entre la cultura “occidental” y las demás sigue siendo de dominación colonial.

En África, la destrucción cultural fue intensa y los habitantes y sus saberes fueron catalogados de exóticos. Por su parte, Europa encarnaba el camino de la civilización, de lo salvaje a lo racional. En palabras de Quijano, “... Europa se pensará a sí misma como espejo del futuro de todas las demás sociedades y culturas; como el modo avanzado de la historia de toda la especie” (Quijano, 1992). En este sentido, el autor peruano propone que la colonialidad es el modo de dominación en el mundo actual, a pesar de que el colonialismo político explícito fue destruido. Progresivamente, se fue estableciendo el complejo cultural denominado racionalidad/modernidad europeo-occidental, un paradigma donde la colonialidad gravita fuertemente, decretando que las otras culturas son diferentes en el sentido de desigualdad e inferioridad.

Según el sociólogo, la constitución del capitalismo colonial, moderno y eurocentrado generó el nuevo patrón de poder mundial vigente. Este patrón se basaba en la clasificación social de la población sobre la idea de la raza, un pensamiento de carácter colonial, pero que ha perdurado en el tiempo más que el colonialismo. A partir de este, se establecía una diferencia entre conquistados y conquistadores, ubicando a los exóticos en una situación de inferioridad con respecto a los otros.

Tal como podemos deducir, el elemento racial fue primordial a la hora de establecer las relaciones de dominación que el colonialismo requería. A su vez, dichas relaciones sociales de dominación fueron asociadas a distintas jerarquías, lugares y roles sociales. De esa manera, se establecieron instrumentos de clasificación social basados en la raza y en la identidad racial que permitieron legitimar las relaciones de superioridad e inferioridad entre dominantes y dominados. Este elemento se ve claramente al analizar el proceso de colonización llevado a cabo en el continente africano.

Definición del conflicto

Para analizar y proponer estrategias para llegar a una paz sostenible, es importante precisar el tipo de conflicto que sucede en la RDC.

En general, para definir una guerra en el campo de las relaciones internacionales, se utiliza la definición propuesta por Singer y Small: el conflicto abarca la participación de dos o más Estados soberanos reconocidos internacionalmente y con un mínimo de mil bajas militares en el transcurso de un año (Singer y Small, 1972). Lo que sucede en la RDC se define como guerra civil, dado que los enfrentamientos ocurren entre milicias internas, soldados congoleños y grupos armados dentro del territorio de dicho país. Cabe destacar que el conflicto incluye la intromisión de milicias extranjeras financiadas clandestinamente por países vecinos, tales como Ruanda y Uganda. Sin embargo, no hay una declaración oficial de guerra de un Estado contra otro.

En cuanto a la historia de análisis de conflictos realizada por académicos en relaciones internacionales y estudios estratégicos, hubo una fuerte tendencia durante la Guerra Fría a analizar las grandes guerras interestatales, la disuasión nuclear, los equilibrios de poder, etcétera. Como destaca João Gomes Porto, el impacto traumático de las dos guerras mundiales tuvo mucha influencia en esta preferencia: el objetivo era entender las causas y evitar que la historia se repita. Sin embargo, posteriormente, hubo un gran aumento de conflictos internos en las sociedades entre 1950 y 1990 (Gomes Porto, 2002).

El Center for Systemic Peace (CPS)⁷ plantea que la Guerra Fría era la distracción perfecta para ignorar las atrocidades que estaban sucediendo en varios países alrededor del mundo durante esa época (Gomes Porto, 2002). Por ello, resultó difícil definir y examinar este tipo de conflictos, algo muy distinto a lo que se había visto antes; sin embargo, a pesar de este problema, el CPS comenzó a analizarlos reconociendo su

⁷ El Center for Systemic Peace es un centro de investigación fundado en 1997 que analiza el problema de la violencia política dentro del contexto del sistema global dinámico. Su objetivo es monitorear la conducta política de los grandes Estados naciones del mundo e identificar cuestiones que podrían ser relacionadas con los problemas de violencia política y de Estados fallidos.

amenaza a la paz global, teniendo en cuenta los impactantes niveles de devastación humana y material.

En cuanto al conflicto imperante en la RDC, hay distintos conceptos que entran en consideración: conflictos internos (Brown, 1996, citado en Gomes Porto); nuevas guerras (Kaldor & Vashee, 1997, citado en Gomes Porto); guerras pequeñas (Harding, 1994 citado en Gomes Porto); guerras civiles (King, 1997 citado en Gomes Porto); conflictos étnicos (Stavenhagen, 1996 citado en Gomes Porto); conflictos en Estados poscoloniales (Goor & et Al, 1996, citado en Gomes Porto).

Capítulo I: Factores estructurales en el conflicto duradero de la RDC

Existen varios factores estructurales que se deben considerar para el análisis del conflicto violento en la RDC y cómo ellos actúan obstaculizando la búsqueda de paz en el país. Dichos elementos establecen variables que tienen un impacto fundamental en el proceso de paz. En varios casos, estos componentes alimentan el conflicto y minan un posible proceso exitoso, por lo tanto, requieren ser considerados cuidadosamente durante las potenciales negociaciones de paz.

Antecedentes: un pasado violento

Para comprender la complejidad del conflicto y lo profundamente arraigados que están la violencia y el malestar en la RDC, es necesario remontarnos a la formación del Estado nación. Las sociedades de la actual RDC ya habían sufrido cambios radicales durante la era precolonial. Distintos sistemas estatales, tales como el reino de Congo y el Imperio luba, emergieron previamente a la presencia de las potencias europeas, entre el siglo XV y XVII. Estos sistemas basados en Gobiernos centralizados se sustentaban en una fuerte presencia militar.

La decadencia de la vida cotidiana se vio acrecentada por el impacto del comercio atlántico de esclavos que aterrizó la región, lo que decantó en una inestabilidad política adicional y en la pérdida de poder estatal.

No cabe duda de que las tensiones internas fueron también estimuladas por el comercio de esclavos. Esta región se vio afectada por la continua extracción de mano de obra forzada, que produjo una elevada disminución demográfica debido a la pérdida de un gran número de habitantes que fueron enviados al continente americano.

Nathan Nunn estima que alrededor de un millón del total de 12 millones esclavos que fueron extraídos de África provenían de la región de Congo (Nunn, 2008)⁸. Estas estadísticas solo incluyen los que fueron deportados del continente, sin tener en cuenta los que perecieron durante los asaltos o durante el viaje a los puertos de exportación. Este

⁸ Esta cifra suma el número de esclavos provenientes de la República Democrática del Congo y de la República del Congo. Hay que reconocer que el norte de Angola también formaba parte del Reino de Congo (se estima que 3,6 millones de personas fueron esclavizadas y llevadas a las Américas desde Angola).

comercio de esclavos dejó a las comunidades extremadamente fragmentadas y generó una elevada desconfianza entre ellas. Nunn refleja de forma particular estos hechos clarificando el análisis:

“Individuals of the same or similar ethnicities enslaved one another. This had particularly detrimental consequences, including social and ethnic fragmentation, political instability and a weakening of states, and the corruption of judicial institutions.”

[Individuos de etnias similares también se esclavizaban los unos a los otros. Esto tuvo consecuencias especialmente perjudiciales, incluyendo la fragmentación social y étnica, la inestabilidad política, la debilitación de los Estados y la corrupción de las instituciones judiciales] (Nunn, 2008).

Es evidente que la tradicional protección y la correcta relación existente anteriormente entre pueblos menguaron cuando las comunidades entraron en conflicto por la mayor obtención de esclavos. Estos incidentes generaron hostilidades entre los distintos grupos y crearon identidades étnicas más diversas. Nunn va más allá y utiliza las palabras de Kusimba para respaldar su teoría: *“insecurity confined people within ethnic boundaries constructing spheres of interaction.”* [la inseguridad confinó a las personas dentro de grupos étnicos, construyendo esferas de interacción]. De este modo, el autor resalta el efecto que tuvo hoy en día el fraccionamiento extremo que se ve en África (Kusimba, 2004, citado en Nunn, 2008).

No hay duda de que esta conjetura es sumamente aplicable a la sociedad de la RDC, un crisol de etnias cuyas generaciones pasadas sufrieron aquellas terribles atrocidades, lo que generó una complejidad adicional a la existencia del sentido de comunidad y del espíritu nacional, dificultando aún más una paz sostenible.

Hay que tener en cuenta lo expuesto por Aníbal Quijano sobre colonialidad y modernidad a la hora de analizar el conflicto existente en la RDC, como así también en muchos otros países africanos. Aunque Quijano aplica su hipótesis directamente a

América Latina y los pueblos colonizados por los países europeos, África fue parte de la historia y, asimismo, padeció de una violación de derechos humanos básicos. La similitud de causas y consecuencias permite trazar un puente entre ambos continentes.

El concepto de raza y dominación racial fueron características destacadas en el devenir colonial de la RDC y en su etapa posterior de descolonización. Cabe destacar la intencional responsabilidad de los colonos al marcar las diferencias entre etnias y crear la percepción de superioridad de un grupo sobre otro basada en rasgos fenotípicos. Un caso emblemático es el de las etnias tutsi y hutu en Burundi y Ruanda, donde Bélgica fomentó la idea de raza superior respecto a los tutsis, sustentada en la elevada estatura y sus facciones finas. Los belgas se concentraron en las diferencias entre las etnias e incitaron la hostilidad, mayormente a través de las Iglesias, creando una comunidad cada vez más polarizada (Huband, 2004). La colonización generó una fragmentación en la sociedad y produjo una fuerte competencia entre las etnias por el poder inexistente o, al menos, poco relevante antes de la época colonial.

No cabe duda de que la política perpetrada por los colonizadores generó tensiones crecientes entre los grupos y actuó como un disparador para la violencia y las masacres que ocurrieron y siguen sucediendo hoy. El caso matriz mencionado entre las etnias de los tutsis y los hutus puede aplicarse análogamente a cualquier país africano que cursó un proceso de colonización y descolonización.

Cuestiones de infraestructura y desafíos geográficos

La RDC es un país de gran envergadura, que ocupa, en pleno corazón de África, un territorio de 2,3 millones de kilómetros cuadrados, superficie similar a dos tercios del tamaño de Europa (République démocratique du Congo - Vue d'ensemble, 2019). Además de su tamaño, el país cuenta con 80 millones de hectáreas de tierra cultivable y abundantes recursos naturales –diamantes, oro, cobre, zinc, cobalto, coltán y casiterita–. Por su ubicación geográfica, la RDC tiene un clima cálido y húmedo, con abundantes lluvias, hecho que permite un exuberante paisaje verde, que contrasta con la seca y desértica África en el norte.

Gracias a las características pluviales, el país posee una cuenca hidrográfica de gran tamaño, en la que se destaca el río Congo como uno de los más caudalosos del

mundo. La cuenca fluvial alberga inmensos recursos naturales y un potencial hidroeléctrico económicamente explotable. Pocos territorios como la RDC, tan rico en recursos minerales, han llevado a la población que lo habita a casos de pobreza extremos. Además, la RDC tiene varias fronteras, donde resalta la porosidad al este del país, coincidente con la zona de los Grandes Lagos. Sus Estados vecinos incluyen la República Centroafricana, Sudán del Sur, Uganda, Ruanda, Burundi, Tanzania, Angola y la República del Congo. Su geografía es un factor que impacta considerablemente en la situación del país en cuanto al tráfico ilegal de recursos y el movimiento de milicias, lo que facilita cruces de frontera y perjudica la seguridad fronteriza.

Evidentemente, el paisaje complejo y la infraestructura precaria de la RDC han impedido los intentos por establecer la ley y el orden en el país. La red de transporte limitado que existió antes de la primera guerra de Congo no ha sido recuperada, lo que debilita la comunicación de todo el territorio. Esta desventaja en la logística es relevante, ya que muchas zonas del país están completamente desconectadas entre sí y con la capital Kinshasa; esto provoca zonas marginales y favorece la creación de milicias que aprovechan la oportunidad para controlar zonas descuidadas o abandonadas.

Lo propuesto por Ahere expande esta idea, que establece que, a pesar de la riqueza potencial de la RDC gracias a su abundancia de recursos naturales, existe un número significativo de comunidades que se sienten marginadas política y económicamente, debido a la falta de contacto entre las distintas regiones y la carencia de servicios básicos para las necesidades sociales. Por consiguiente, esto genera un sentimiento débil de identidad nacional en varias regiones del país que fomenta aún más áreas de insurgencia en zonas aisladas, donde la ley no logra reinar (Ahere, 2012).

Cabe plantear otro factor que influyó y continúa impidiendo la tan ansiada paz en la RDC, a saber: la multitud de grupos étnicos y los movimientos migratorios de esas comunidades en el país. Baylis cita un elemento de la teoría de Homer-Dixon que propone que cuestiones internas pueden llevar a problemas que impactan en países vecinos y a nivel internacional. Para respaldar la hipótesis, los autores sustentan su idea en la gran migración de Bangladesh al Estado de Assam en el noreste de la India, donde la población aumentó de 7 a 22 millones de habitantes en 20 años. Obviamente, eso provocó grandes cambios en la sociedad y en el equilibrio de poder político, debido a la diversidad de grupos étnicos y religiosos en la región. Homer-Dixon destaca que esas dificultades en el Estado de Assam no solo tuvieron efecto a nivel regional, sino también generaron

tensiones en el campo internacional, entre India y Bangladesh (Homer-Dixon, 1994, citado en Baylis, 1999).

Los autores identifican ese problema como conflictos de identidad, un análisis que tiende puentes con el trabajo de Huntington sobre el choque de civilizaciones. Lo que este autor plantea es que la causa principal de un conflicto es fundamentalmente cultural. La hipótesis supone la existencia de diversas civilizaciones en el mundo; una civilización puede incluir pueblos, regiones, grupos étnicos, nacionalidades y grupos religiosos que varían entre sí culturalmente, pero que tienen un factor común para unirse como comunidad. Huntington sentencia que los Estados nación seguirán siendo los principales actores en el sistema internacional; sin embargo, los países que están constituidos por diferentes civilizaciones o que están ubicados cerca de las líneas de fracturas serán los principales actores en guerra (Huntington, 1993).

Cabe mencionar que la teoría de distintas civilizaciones no es muy relevante para la RDC; no obstante, las ideas de conflicto de identidad y de cultura podrían ser muy válidas a la hora de analizar la situación en el país. Huntington identifica diferencias importantes entre civilizaciones, enumerando principalmente la historia, la lengua, la cultura, la tradición y la religión. Estas características generan puntos de conflicto entre distintas comunidades (Huntington, 1993).

La investigación de Ahere vincula de manera interesante varias características estructurales que fueron mencionadas anteriormente, destacando que “Historical injustices contingent on the greed and manipulation of leadership structures that characterised the country’s colonial history, which spilled over into post-independence arrangements, have not been tackled and this has cultivated mutual suspicions among different ethnic groups.” [Las injusticias históricas, producto de la codicia y la manipulación de los grupos de liderazgo en el pasado colonial del país y que continuaron en los acuerdos luego de las independencias, no han sido abordadas y han cultivado sospechas mutuas entre distintos grupos étnicos] (Ahere, 2012).

Ahere afirma que el pasado colonial de la RDC y su gobernanza continuamente inestable han llevado a la falta de confianza entre las comunidades étnicas diversas, siendo esto una cuestión esencial para considerar a la hora de abordar la resolución de conflicto.

Cabe destacar que la RDC siempre ha tenido una población muy diversa, debido a su composición geográfica compleja, especialmente en los límites permeables orientales del país. Con una población numerosa y variada de 81,5 millones de personas (BBC, 2019), hay 4,5 millones desplazadas internamente y 536 000 refugiados que huyeron a otros Estados (UNHCR, 2019).

Fragmentación premeditada entre etnias y pueblos

Más allá de los diversos grupos que residen en la RDC, el elemento fundamental que dificulta la creación de una identidad nacional y un Estado conectado y unificado son los regímenes militares gobernantes, quienes intencionalmente fomentan el conflicto entre etnias para mantenerse en el poder. Akinola sentencia que “el Estado no tiene contacto con la realidad del pueblo” (Akinola, 1989), al argumentar la sensación de abandono y aislamiento que tiene la mayor parte de la población africana, la cual destaca no se siente representada por los grupos de poder. Esto genera mayor complejidad a la hora de entender o tratar de buscar soluciones. No hay duda de que esta idea puede ser aplicada a la RDC, especialmente a la población del margen oriental del país, donde grupos insurgentes siguen dominando y hay una carencia de la presencia estatal en todos los niveles.

Existe una gran cantidad de literatura que destaca la relevancia de factores estructurales que afectan a los conflictos en curso y que identifica casos concretos donde la omisión de estos ha llevado al fracaso en las discusiones de paz. Es de suma importancia tomar estas consideraciones en la RDC para así poder sentar las bases para terminar con la violencia con el objetivo de lograr garantizar una paz estable.

Las barreras ambientales y las debilidades infraestructurales han sido identificadas como impedimentos adicionales al acuerdo de paz en zonas de conflicto. Estas limitan la comunicación y debilitan el sentido de pertenencia y de comprensión mutua, complicando adicionalmente la logística. Como se ha mencionado previamente, esta carencia de infraestructura ofrece una oportunidad para grupos rebeldes y facciones criminales que toman control o movilizan comunidades abandonadas (en algunos casos, disfrazados de “salvadores” al sentirse desprotegidas por las autoridades; en otros, instalando el terror en la comunidad). La RDC es un país extenso con una considerable

población y la comunicación precaria entre las provincias genera inevitablemente una falta de conexión entre comunidades de distintas regiones.

Violación como arma de guerra

La presencia recurrente de violencia sexual en el conflicto entre milicias en la RDC es otra de las características impactante. En 2008, el Consejo de Seguridad de la ONU reconoció el uso de la violación como arma de guerra (The Economist, 2011). No hay duda de que las cifras angustiantes de la RDC tuvieron mucha influencia en este reconocimiento. Según las estadísticas de la ONU, 15 000 mujeres fueron violadas en el país en 2009, y el Comité Internacional de Rescate trató 40 000 víctimas de violación en la provincia de Kivu del Sur entre 2003 y 2008. La violencia sexual en la RDC por parte de algunas comunidades genera temor en la población. Este factor, sumado a otros anteriormente citados, permite el control de territorio (por parte de los grupos armados) donde se encuentran recursos naturales de gran valor (The Economist, 2011).

La violación de mujeres durante la guerra es una acción llevada a cabo, principalmente, contra los hombres del enemigo, puesto que reina la horrible idea de tratar a las mujeres como objetos. En octubre de 2018, un médico congoleño, Denis Mukwege, recibió el premio Nobel de la Paz por su lucha contra la violencia sexual en el país. El ginecólogo fundó un hospital en la provincia de Kivu del Sur y lleva 25 años trabajando allí, tratando a mujeres y niñas víctimas de violación (Carrión, 2018).

Recursos naturales y su papel en la violencia

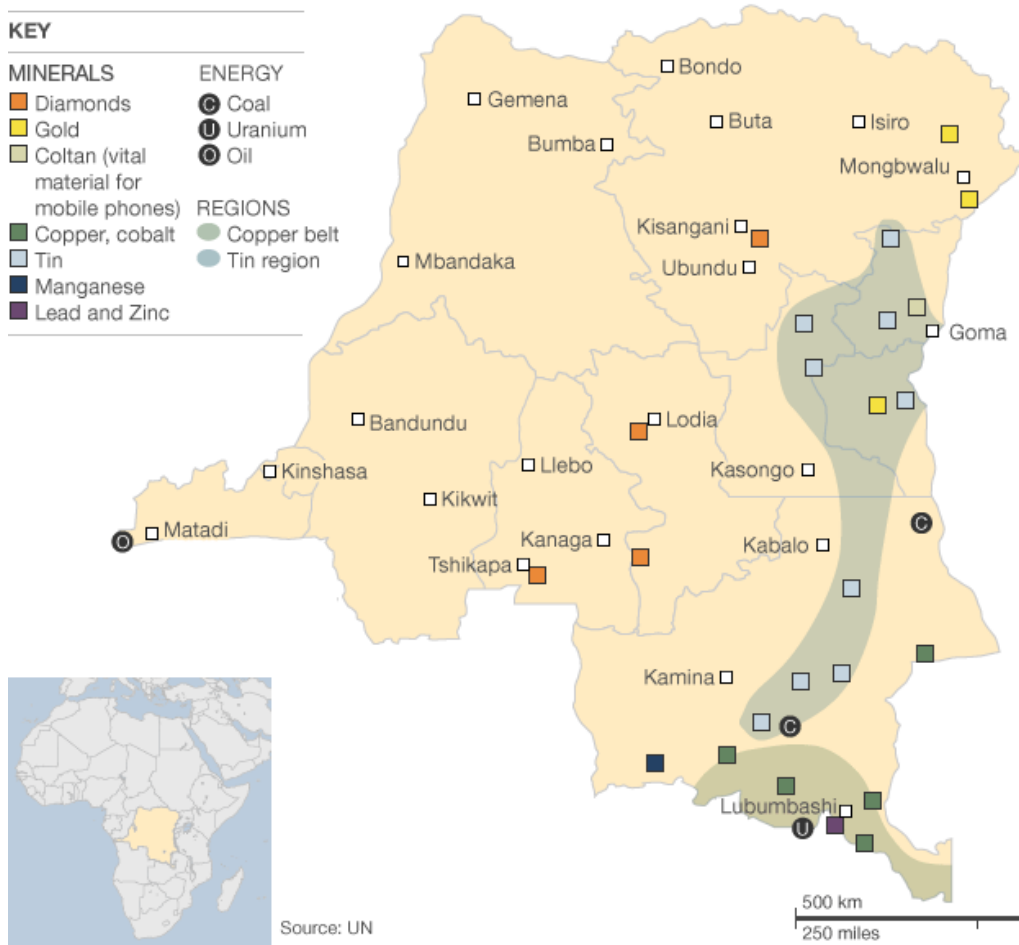


Figura 1

Como refleja la Figura 1, la mayoría de los minerales y los recursos energéticos se encuentran en el este del país, una región que presenta el peor marco de violencia y donde la seguridad estatal es menos estable.

Cabe destacar que la explotación de los recursos congoleños no solo se vincula con las materias primas de valor agregado, como el oro, los diamantes y el petróleo, sino también con un mineral en particular que está en auge hoy en día, debido a su uso en la industria tecnológica: la columbita-tantalite o coltán. Este material es utilizado para la fabricación de dispositivos electrónicos, tales como teléfonos celulares, computadoras, etcétera. Las estadísticas reflejan que la RDC contiene el 80 % de las reservas mundiales

de coltán (Vázquez-Figueroa, 2008). Otros minerales usados en la misma industria que se encuentran en el este del país son el tungsteno y el estaño.

Cabe mencionar otro aspecto de la teoría de Homer-Dixon, que establece un vínculo entre la inseguridad social y económica y la falta de recursos naturales que pueden crear tensiones en relación con la obtención de tierras aptas para cultivo o ricas en minerales. Homer-Dixon propone ejemplos para estos casos: en 1991, el control de los pozos petroleros fue la causa principal de la guerra del Golfo; por otro lado, el dominio de los recursos hídricos en Cisjordania intensificó el conflicto entre los israelíes y los palestinos (Homer-Dixon, 1994 citado en Baylis, 1999).

No hay duda de que la escasez o la disparidad en el acceso a los recursos naturales provocan conflictos sociales. En el caso de la RDC, la falta de estos no es el foco problemático, pero sí la discrepancia en su distribución y control, lo que genera hostilidad y división entre las comunidades, creando un obstáculo en el camino hacia una paz duradera.

Según datos de 2015, el 56 % de las minas cuentan con la presencia de grupos armados en el este de la RDC (Weyns, 2016). Es interesante notar que las milicias tienden a especializarse y tener interés en ciertos recursos o minerales. El grupo armado ruandés, las FDLR, tiene participación en las minas de oro, mientras que otras milicias controlan los yacimientos de coltán y casiterita. Cabe subrayar que las minas que no están controladas directamente por rebeldes también son fuente de ingreso para ellos. Así es como el pueblo de Misisi, provincia de Kivu del Sur, tiene presencia de las FDLR, pero ellas no están a cargo de la conducción de las minas. Sin embargo, proveen alimento y productos básicos al pueblo a cambio de oro, para luego venderlo a Tanzania (Spittaels & Hilger, 2009). Otro caso de interés se da con los exsoldados del Congrès National pour la Défense du Peuple, el CNDP, que controla las rutas de acceso a la ciudad de Goma, imponiendo tarifas a todos los vehículos que circulan por estas (Spittaels & Hilger, 2009). Estos son solo algunos ejemplos que demuestran hasta qué punto son explotados los recursos naturales en la RDC.

A pesar de las diversas elecciones y los acuerdos de paz en los últimos 15 años, la explotación de recursos en la RDC es una práctica que continúa alimentando hechos de violencia en la región.

Los ceses al fuego no pusieron fin a todas las revueltas ni a la intromisión por parte de países vecinos en la RDC, con el objetivo de aprovecharse de los recursos de este Estado débil. Por ejemplo, el M-23 es un grupo insurgente que lanzó una campaña contra el Gobierno congoleño en marzo de 2012. Los 600 rebeldes eran miembros de la CNDP que se había aliado con el ejército congoleño durante el acuerdo de paz de 2009. El grupo tomó control de varias ciudades en la provincia oriental de Kivu del Norte, una zona rica en minerales y limítrofe con Uganda y Ruanda. Según un informe de la ONU, el M-23 recibió apoyo financiero, militar y político de miembros importantes del gobierno ruandés (Consejo de Seguridad ONU, 2012). Estas prácticas y la presencia de grupos armados son cuestiones habituales en la vida cotidiana en el este del país.

Capítulo II: Interferencia externa incesante

No hay duda de que el país ha sufrido intervenciones extranjeras a lo largo de su historia. En este sentido, es interesante notar el rol de los comerciantes europeos en la región y su influencia en el conflicto en la RDC. Ya en el siglo XV, comerciantes portugueses reconocieron la potencial riqueza del país como tierra de minerales. Sus objetivos fueron más que claros: explotación y lucro. Para llevar a cabo esto, los portugueses provocaron la caída del orden existente financiando grupos rebeldes, con lo que lograron eliminar las elites gobernantes.

No solo lusitanos, sino también comerciantes de otras regiones provocaron la destrucción del reino de Congo, alimentado el caos interno y aumentando la explotación de recursos minerales y la extracción de mano de obra forzada. Las condiciones de dominación, esclavitud y explotación que implicaba la obtención de cobre, oro, diamantes y cobalto llegaron a niveles exorbitantes durante el periodo de colonización comandado por el rey Leopoldo II de Bélgica entre 1885 y 1960. El monarca, al competir con otros países, estableció colonias en el exterior como símbolo de poder y grandeza y fundó el Estado Libre del Congo en 1885 como propia posesión con ejército privado. Con el aumento de la demanda global de caucho y marfil, el líder vio una nueva oportunidad para aumentar sus arcas, cuyas consecuencias fueron devastadoras para los locales.

Durante el mandato de Leopoldo II, muchas personas fueron obligadas a trabajar en condiciones inhumanas en las cosechas y en los yacimientos minerales. Este sistema provocó hambruna generalizada en la población y una caída demográfica extraordinaria: 10 millones de personas murieron durante este régimen sangriento (Leithead, 2018). De hecho, la reacción a estas atrocidades llevó a la primera campaña internacional de derechos humanos y la decisión de Bélgica de anexionar el país en 1908, el cual fue conocido como Congo Belga desde entonces. Aunque había mermado la crueldad más brutal, los belgas continuaron explotando las riquezas minerales del territorio.

Muchos analistas reconocen un vínculo importante entre el nivel de violencia en un país y su pasado como colonia. Beekers y Van Gool definen aquellos países como Estados poscoloniales. Por su parte, Snow ilumina la idea, resaltando que las acciones tomadas por los europeos establecieron los estándares para los eventos sucesivos en la historia de esos Estados, en los que se incluye la RDC (Snow, 2013).

Mark Huband, en su libro *África después de la Guerra Fría: la promesa rota de un continente*, da varios ejemplos concretos de esta tendencia de intervención en los países africanos. El patrón histórico en el continente desde la finalización de la Guerra Fría se caracteriza por líderes ilegítimos y brutales, los cuales, además de establecer un marco violento generalizado, dejaron mucho que desear en cuanto al desarrollo de políticas económicas.

Por otra parte, Mazrui y Tidy plantean que la manera de justificar ese tipo de régimen en África poscolonial fue acercarse más a la tradición africana y alejarse de una democracia parlamentaria, sistema de gobierno imperante en muchos de los poderes exteriores que habían colonizado el continente (citado en Huband, 2004). En otras palabras, la excusa era olvidar y distanciarse de su época colonial. Esta es una hipótesis razonable si se tiene en cuenta lo destructiva que fue la colonización y el sufrimiento que padecieron los habitantes. No es de extrañar que los líderes rechazarían todo lo vinculado a su pasado colonial y buscarían reencontrarse con su modelo de régimen tradicional. Sin embargo, Huband no aprueba los dichos de Mazrui y Tidy, “dada la naturaleza de los líderes –en su mayoría dictadores irresponsables– que han intentado reivindicar la autoridad de la tradición.” Según esos autores, es necesario considerar la esencia de los dirigentes, quienes fueron personas que mostraban poca seriedad en su cargo y daban prioridad al poder y al dominio sin tener en cuenta otros factores (citado en Huband, 2004).

Para muchos pensadores, el impacto que tuvo la Guerra Fría para los países africanos no fue menor, ya que, a pesar de no participar activamente en el conflicto, voluntaria o involuntariamente, el rol que desempeñaron los dejó inmovilizados políticamente. En palabras de Huband, “...han quedado expuestos a la cruda realidad del desequilibrio entre los dirigentes y los dirigidos...” (Huband, 2004).

La intromisión extranjera ocurrida en África tiene una gran cuota de responsabilidad al brindar apoyo y credibilidad a algunos de los dirigentes más brutales que se han visto en la historia del continente. La política exterior de Estados Unidos de la década de los sesenta incluyó medidas de apoyo a regímenes totalitarios corruptos en Zaire y Liberia, como así también financió al grupo insurgente angoleño Unita (Unión Nacional para la Independencia Total de Angola). Huband destaca que el motivo por el cual Estados Unidos decidió intervenir en la política doméstica de ciertos Estados

africanos durante la Guerra Fría fue la sobrestimación del interés que la Unión Soviética tenía en aquellos países. En realidad, parecería que las intenciones fueron mucho menos desafiantes que lo declarado por la Agencia Central de Inteligencia (CIA, por sus siglas en inglés). Efectivamente, un informe gubernamental de 1963 describió la amenaza que representaba África para la política exterior de Estados Unidos:

Consideramos que África para Estados Unidos es probablemente el mayor campo de maniobras abierto en la competencia mundial entre el bloque [comunista] y el mundo no comunista... El factor crítico en la construcción nacional africana es el liderazgo. En la elección de los países de especial relevancia, proponemos encaminar nuestros principales esfuerzos a favorecer a los líderes dinámicos y progresistas que sean razonablemente amistosos (Zaccheus, Ayoade, y Agbaje, 1989).

La conducta de Estados Unidos refleja claramente la idea del realismo: un Estado con mayor poder en el sistema mundial ve necesario monitorear, controlar y eliminar cualquier riesgo potencial que podría afectar su posición. Por este motivo, su intención fue asegurarse cuáles eran las intenciones e ideologías de los Gobiernos africanos para descartar amenazas y garantizar su posición hegemónica en el sistema mundial.

Intervención humanitaria: ¿protección o intromisión?

La ONU realizó una intervención humanitaria en la RDC con tropas de Bélgica una semana después de la declaración de independencia del país, tras 75 años de Gobierno belga. Para examinar esta cuestión, debemos analizar sus motivos: ¿realmente pretende proteger los derechos humanos?, ¿o podría haber otros motivos para intervenir?

Durante los períodos poscoloniales de muchos Estados, los poderes coloniales continuaban intercediendo en los asuntos de sus excolonias, enmascarando la defensa de sus propios intereses con motivos humanitarios (Thakur, 2013). Consecuentemente, el

concepto de intervención humanitaria se encontró desacreditado para muchos de los países que lograban su independencia. Al tener tropas de los antiguos poderes coloniales en el territorio de la RDC, el nuevo presidente Joseph Kasavubu y el primer ministro Patrice Lumumba exigieron reiteradas veces, sin éxito, el retiro de las tropas foráneas de manera inmediata. Aquella situación transmitía una falta de control y autonomía por parte del Gobierno, ya que sus líderes no podían ejecutar el apartamiento de soldados del territorio congoleño.

Lumumba, considerado el verdadero poder a la sombra del presidente Kasavubu, rompió relaciones diplomáticas con Bélgica y buscó ayuda alternativa, debido a la falta de respuesta a sus persistentes peticiones. Finalmente, el Gobierno congoleño pidió formalmente la intervención de la Unión Soviética (URSS). Claramente, para la comunidad internacional, tal acción condenó a Lumumba como procomunista, rumores que ya existían, y generó un distanciamiento entre el Gobierno congoleño y los miembros de la ONU, que intentaban lograr un acercamiento entre las potencias dominantes y las excolonias africanas.

Es interesante tener en cuenta el análisis de Michael Schatzberg donde cita al exdirector de la CIA, William Colby, el cual afirma que Lumumba seguramente no era la amenaza que Estados Unidos estimaba. Su argumento se fundamenta en el hecho de que el primer ministro electo le reclamó a Occidente el retiro de las tropas belgas de su país antes de solicitar la intervención soviética. Además, para sustentar esta postura, Colby hace hincapié en el viaje de Lumumba a Estados Unidos para pedir asistencia, mientras que las autoridades congoleñas jamás viajaron a la Unión Soviética (Schatzberg, 1991). Otra razón por la cual el primer ministro recurrió a la URSS fue por el apoyo brindado por la CIA a la secesión de Katanga, una región rica en minerales que se declaró independiente en julio de 1960. A pesar de tales hechos, no se modificó la imagen oficial en Washington y el problema de Lumumba fue resuelto tal como estableció Estados Unidos.

Además de desplazar a Lumumba, Kasavubu fue recompensado económicamente antes del golpe de Estado. Con el derrocamiento de su primer ministro, el presidente Kasavubu entregó el poder a Mobutu, quien clausuró la embajada de la Unión Soviética y expulsó a sus diplomáticos. El Gobierno de Congo-Brazzaville, dirigido por Fulbert Youlou, financió gran parte de la oposición contra Lumumba.

Según el exjefe de base de la CIA en Lubumbashi y luego jefe de la CIA en Angola, John Stockwell, la intervención de Estados Unidos en la independencia de la RDC tuvo intereses económicos, ya que “la zona era una bicoca financiera”. La afirmación solo justifica una parte de los motivos norteamericanos. En una entrevista con Mark Huband, Stockwell también reveló que Estados Unidos erogaba un millón de dólares diarios en su actividad con la RDC antes de 1961 (Huband, 2004, págs. 34-38). Stockwell describió que Lawrence Devlin, jefe del centro de operaciones de la CIA en Leoldville (actual Kinshasa), llevaba grandes cantidades de dólares en sus visitas a Mobutu, montos de alrededor de 25 000 dólares (Huband, 2004).

La ONU y la CIA garantizaron y financiaron el ascenso de Mobutu al poder y el derrocamiento y posterior asesinato de Lumumba. El ex primer ministro fue capturado el 3 de diciembre de 1960 por tropas de Mobutu después de haber escapado de la residencia protegida por la ONU donde había permanecido desde que su sucesor lo despojó del poder. Gozó de unas horas de libertad cuando fue liberado por tropas amotinadas durante un levantamiento en Stanleyville en enero de 1961. Sin embargo, los días de Lumumba estaban contados: su traslado con dos prisioneros más en avión a Elizabethville (actual Lubumbashi) el 17 de enero terminó con la golpiza de los tres hombres por parte de los soldados de Moïse Tshombe, líder de la región secesionista de Katanga, mientras fueron vigilados por las tropas de la ONU. Tras sufrir los golpes, fueron subidos a un camión y llevados; nunca se encontraron los restos.

En lo que respecta a la ONU, el líder soviético Kruschev tenía las manos atadas y el secretario general de dicha organización, Dag Hammarsköld, había afirmado que era imposible que Lumumba continuara en su cargo, ya que la ONU dependía del apoyo logístico y financiero de Estados Unidos, quien se opuso al nombramiento del primer ministro (Mearsheimer, 2001). Tal accionar demuestra indiscutiblemente que las acciones del organismo internacional son fuertemente condicionadas por los intereses norteamericanos.

Según un documento del Banco Mundial, el gobierno de Mobutu recibió 15 millones de dólares durante los años 1980 y 1987. Sin embargo, el mismo informe detalla que el presidente gastó 94 millones y organizaciones políticas del país, tales como la Fundación Mama Mobutu y el Movimiento Popular Revolucionario, recibieron 172

millones. Como se puede apreciar, otras fuentes de ingresos engrosaban las arcas del gobierno congoleño (Askin y Collins, 1993).

Aunque el discurso político de Estados Unidos es promover y difundir la democracia alrededor del mundo, el Gobierno asistió y, en muchos casos, dirigió el derrocamiento de numerosos líderes electos democráticamente, avalando a varios regímenes totalitarios durante la Guerra Fría. Ese simple hecho demuestra la falencia del argumento liberal y fortalece la teoría del realismo en el sistema internacional.

Contrariamente a lo indicado por el Gobierno de Estados Unidos, los hechos demuestran el escaso vínculo entre la Unión Soviética y la RDC. Si bien la ideología gobernante no estuvo realmente asociada con el comunismo, es crucial considerar el siguiente punto: en abril de 1965, Ernesto Che Guevara y 200 tropas cubanas llegaron al Congo para apoyar un movimiento revolucionario contra el Gobierno *de facto* de Mobutu (Durchmied, 2008). La presencia del Che Guevara, que ya había derrocado al régimen de Fulgencio Batista en Cuba, habría desatado las alarmas para Estados Unidos. No hay duda de que lo vieron como una amenaza, dado que las tropas que formaron el Movimiento 26 de Julio en Cuba ya habían experimentado condiciones difíciles en la Sierra Maestra durante los largos meses de su campaña, que terminaron siendo victoriosas. El Che Guevara desempeñó un papel fundamental en la Revolución cubana; a los ojos de sus partidarios, sacó a los habitantes de ese país de la pobreza y la opresión extrema del régimen de Batista. El hecho de que una isla pequeña a 150 kilómetros de la costa estadounidense pudiera derrocar a un líder opresivo asociado a Estados Unidos llamó la atención en muchas partes del mundo. África es un continente sometido a una pobreza y una hambruna desmedidas, por lo tanto, un líder con una ideología de izquierda capaz de romper con la desigualdad y la corrupción, ofreciendo el poder al pueblo, podría provocar una ola revolucionaria en los países africanos. El comunismo podría haber emergido como una amenaza real al sistema internacional y desequilibrar la balanza de poder si hubiera conquistado el continente africano. La transformación política y económica de todo un continente que hubiera elegido una forma alternativa al liberalismo conducido por el hegemon Estados Unidos habría impactado en otras regiones del sistema internacional. Por lo tanto, como dicha potencia estaba consciente de esta posibilidad, vio la necesidad de eliminar el riesgo por más insignificante que haya sido.

Mobutu tuvo el apoyo externo que avaló su supervivencia y dominio. Cabe destacar que el líder fue responsable de crear un sistema de gobierno sin ideología alguna, ya que la base de poder estaba compuesta en su totalidad por corrupción y coerción. A pesar de no ser oficialmente un régimen militar, el poder del dictador se fundamentaba en las fuerzas de seguridad.

Un patrón repetido y muy marcado en la RDC es el distanciamiento del Estado en relación con los intereses y las necesidades del pueblo, además de la acción represiva estatal de todos los movimientos populares. Tal característica fue extremadamente notable durante los años de Mobutu, en los cuales la fuerza militar fue la pieza trascendental de la estructura institucional, que debilitó a la sociedad civil y malgastó los recursos económicos del país.

Asimismo, Mobutu procuró beneficiarse del conflicto en Angola donde se opuso, junto con el apoyo clandestino de la CIA, al Movimiento Popular de Liberación de Angola (MPLA), de tendencia comunista. Invadió al país vecino y recibió armas y fondos para crear una coalición con el Frente Nacional de Liberación de Angola (FNLA) y la Unión Nacional para la Independencia Total de Angola (Unita) con el objetivo de liberar el país de dicha ideología. Mobutu vio en el conflicto una oportunidad para promover a Zaire como un actor fundamental de la Guerra Fría y armar una alianza regional en el continente. Desafortunadamente para el líder, el ejército zaireño sufrió una categórica derrota frente al MPLA, que recibió asistencia de las fuerzas cubanas y soviéticas (Huband, 2004). A pesar de la falta de éxito que tuvo la operación en esa ocasión, esta muestra la presencia y la influencia que tenía Estados Unidos en el continente.

Mobutu desempeñó un rol fundamental que favoreció a Estados Unidos en relación con el suministro de armas al movimiento Unita. Asimismo, tuvo un vínculo muy cercano con George Bush (en esa época vicepresidente y exdirector de la CIA), quien lo recibió varias veces en su casa familiar. Este es otro ejemplo de la intervención de Estados Unidos en la política doméstica, regional y militar de África con el fin de asegurar sus propios intereses.

Otros Estados, la misma historia

Los catastróficos acontecimientos narrados no son exclusivos de la RDC, sino que se repiten en todo el continente africano. Como se ha dicho previamente, las relaciones entre Estados Unidos y Angola fueron extremadamente tensas durante la Guerra Fría hasta su finalización. Como ya sabemos, el Gobierno estadounidense financió la campaña de Unita en la guerra civil de Angola, complementada con la ayuda de Mobutu. Su intención nuevamente fue limitar las supuestas ambiciones de los soviéticos que ya asistían al MPLA con fuerzas cubanas.

Estados Unidos solventó con apoyo militar y económico a Somalia cuando el dictador Mohamed Siad Barre terminó su relación con la Unión Soviética y decidió aliarse con Occidente en 1977. Antes de la fecha, Somalia generó un estrecho vínculo con la URSS, pero finalmente decidió cambiar antagónicamente de posición, debido a las nuevas relaciones que estableció la Unión Soviética con el marxista Mengistu Haile Mariam, emergente líder de su país vecino, Etiopía. La tensión existente entre Somalia y Etiopía tiene su origen en la disputa de la región de Ogadén, cedida por Reino Unido en 1954, una zona habitada por muchos somalíes. Con este cambio de aliados estratégicos, Somalia logró ser el segundo país africano que recibió más financiamiento norteamericano, a pesar de que su dictador Barre fue denunciado por crímenes de lesa humanidad (Besteman, 2019).

Al concluir la Guerra Fría, los oficiales estadounidenses establecidos en el país se retiraron justo antes del golpe de Estado perpetrado por las fuerzas del general Aidid, en el cual derrocaron al presidente Barre en 1991. Tal acontecimiento produjo la guerra civil en la capital, Mogadiscio. Somalia, un país que siempre vivía de su inmensa producción agrícola, se vio inmersa en una crisis alimentaria en 1992 por la cual la forma de sobrevivencia pasó a depender de la ayuda externa. Los caudillos en conflicto usaron el hambre como arma política para controlar a la población; por eso, solían asaltar los convoyes con ayuda alimentaria de organismos internacionales para dominar el suministro de insumos básicos. En diciembre del mismo año, con la propuesta aprobada por la ONU, Estados Unidos mandó tropas con el supuesto objetivo de proteger a los voluntarios.

Como vemos, Somalia es otro caso en el cual un país africano sufre la intromisión de agentes externos que, sumados a deficiencias en las esferas gobernantes locales, genera inestabilidad en el país. Hay muchos autores, como John Drysdale, exalto consejero de la Onusom (Operación de las Naciones Unidas en Somalia) que tenía contacto directo con varios líderes de los distintos clanes, que afirmaban que había una línea muy borrosa entre los intereses de la ONU por resolver conflictos entre países y los objetivos del Gobierno estadounidense de proteger sus propósitos en relación con la política exterior. Drysdale afirma que “los intereses duales pueden empeorar las cosas” (Drysdale, 1994).

Si bien Somalia contó con la ayuda de Estados Unidos, la violencia no cesó. Contrariamente, escaló con los asesinatos de 26 soldados paquistaníes de la ONU perpetrados por el clan del general Aidid en junio de 1993. En octubre, Estados Unidos lanzó un ataque a la capital Mogadiscio con el objetivo de detener a varias conexiones del caudillo general Mohamed Farah Aideed. La operación militar fue catastrófica: dos helicópteros estadounidenses fueron derribados, 20 soldados estadounidenses y de la ONU y centenares de somalíes murieron, muchos de los cuales quedaron atrapados en el fuego cruzado. El manejo de la situación recibió críticas globalmente, pues resultaba incomprensible que una intervención para asistir una crisis alimentaria y resolver un conflicto se hubiera convertido en un enfrentamiento militar de la guerra civil. Como vemos, Estados Unidos y la ONU habían perdido su neutralidad.

Durante los siguientes seis meses, Estados Unidos retiró todas sus tropas de Somalia. Dejaron al país en soledad luego de los desastrosos acontecimientos que ellos mismos habían llevado a cabo. Tras los eventos en la línea de Mogadiscio, la ONU y Estados Unidos modificaron sus doctrinas en cuanto a la intervención en territorio extranjero.

El genocidio de Ruanda y sus consecuencias

Con la finalidad de entender mejor la complejidad del proceso de paz en la RDC, es esencial examinar la historia y el contexto de sus países vecinos. África es un continente que ha sufrido abundantes conflictos sangrientos y genocidios que generaron la migración de gran cantidad de personas a otras regiones. Hay que subrayar un importante evento histórico que recibió mucha atención mediática a nivel global y

contribuyó al problema de las tensiones entre comunidades: el genocidio de Ruanda en 1994.

La población de Ruanda en aquella época estaba constituida mayoritariamente por el grupo étnico hutu, que llegó a componer aproximadamente el 85 % de los ruandeses. El resto de los habitantes pertenecía a la etnia tutsi y a los primeros habitantes del país, los batwa (que representaban una pequeña parte de la sociedad). A pesar de pertenecer a una de las minorías, los tutsis, que provenían en su mayoría de Etiopía, se instalaron como el grupo dominante en Ruanda. Su poder político se sustentaba en la producción ganadera, dejando las tierras fértiles para explotación agrícola a los hutus. Salvando esta diferencia, no había contradicciones culturales significativas entre las dos etnias. Si bien existían ocasionalmente roces entre ambos grupos, no se vislumbraba ninguna señal que pudiera culminar en una catástrofe tal como el exterminio. El Gobierno tutsi y la sociedad reconocían la pluralidad étnica de la población, logrando así una coexistencia relativamente en paz. Los hutus y tutsis hablaban la misma lengua, compartían culturas similares e incluso celebraban matrimonios mixtos.

Los problemas innegables entre los hutus y los tutsis comenzaron durante la colonización de Ruanda. El país situado bajo la órbita de Alemania del Este (de 1885 a 1919) fue tomado por Bélgica después de la Primera Guerra Mundial. Durante su época colonial, los belgas identificaron a los tutsis como una raza superior por sobre los hutus, lo que agravó las tensiones y creó diferencias más marcadas entre las etnias. Increíblemente, con posterioridad, los belgas realizaron experimentos y analizaron los rasgos físicos de los grupos para demostrar con pruebas científicas la inferioridad de los hutus. Además, crearon un sistema de tarjetas de identificación que asociaba cada individuo con su etnia. Por otro lado, la difusión del francés como lengua oficial y la expansión del catolicismo fueron cambios socioculturales considerables que introdujeron los belgas. La Iglesia católica, encargada mayormente de la educación en el país, reforzaba las diferencias entre los tutsis y los hutus; en efecto, fundaron un sistema educativo distinto para cada grupo.

En 1959, se produjo una revuelta hutu que provocó la huida de 330 000 tutsis del país, incluido el monarca tutsi en 1961. Al año siguiente, con la toma de poder por parte de los hutus, Ruanda se independizó de Bélgica. En los años que precedieron el genocidio, las tensiones entre las dos etnias siguieron, siendo el elemento tutsi el chivo expiatorio para cualquier crisis. Mientras tanto, en Uganda, se formó el Frente Patriótico Ruandés (FPR) entre exiliados tutsis. Este movimiento invadió Ruanda en 1990 con el objetivo de

derrocar al presidente Juvenal Habyarimana y permitir el regreso de la etnia desplazada a su país natal. El presidente, que en aquel entonces había empezado a perder popularidad por la crisis económica, utilizó la intimidación del FPR para volver a ganar el apoyo de los hutus disidentes e implantar el odio hacia la población tutsi que permanecían en Ruanda, acusándola de colaborar con el FPR. En agosto de 1993, se firmó el Acuerdo de Paz de Arusha para poner fin a la violencia entre el Gobierno hutu y el FPR. La misión Unamir fue lanzada en octubre de 1993 para ayudar a monitorear e implementar las condiciones del acuerdo; en total, 2548 tropas fueron desplegadas en Ruanda (UN Peacekeeping, s.f.).

El acontecimiento que desencadenó el genocidio fue el derribo del avión presidencial en el cual viajaban Juvenal Habyarimana y su homólogo de Burundi, Cyprien Ntaryamira, el 6 de abril de 1994. A partir de ese momento, se lanzó una campaña de hostigamiento contra los tutsis, acusados del ataque contra el presidente. La masacre fue sistemática y meticulosamente planificada: se realizaron comunicados a través de la radio oficial fomentando el aniquilamiento de cualquier persona de la etnia tutsi y, en muchos casos, de los hutus moderados. Además, la guardia presidencial persiguió a los líderes políticos, mientras los interahamwe hacían lo mismo con los civiles. Los interahamwe, o lo que es lo mismo “los que atacan juntos”, eran una milicia de hutus radicales entrenados para matar a quien se oponía al régimen. Se estima que 800 000 personas fueron asesinadas durante los 100 días que duró el genocidio.

Es importante destacar que Ruanda es otro ejemplo que ha sufrido la falta de acción por parte de la ONU y de la comunidad internacional, a pesar de que varios expertos habían advertido las atrocidades cuando comenzó la masacre en abril de 1994. Entre ellos, el general Romeo Dallaire, jefe canadiense de las fuerzas militares de la ONU en Ruanda (encargado de supervisar la transición hacia la democracia en el país a través de Unamir), denunció el peligro inminente que se avecinaba. No hubo respuesta a la advertencia de Dallaire y el primer día del genocidio, diez tropas belgas de la misión fueron asesinadas.

Varios países exigieron retirar sus cuadrillas al darse cuenta de la escalada de violencia en la región. Al agravarse el conflicto, la ONU apartó a la mayoría de su contingente, dejando únicamente a 270 personas. Las tropas de la ONU que permanecieron en el territorio hicieron lo que pudieron en pos de proteger a los civiles; sin embargo, estaban completamente desbordadas en números. A pesar de ello, varios miembros del Consejo de Seguridad (incluidos Francia, Reino Unido y Estados Unidos)

aprovecharon su veto para rechazar la intervención en Ruanda. No hay duda de que la experiencia desastrosa de Estados Unidos en su intervención en Somalia en 1993 influyó en la decisión del país. Por su parte, Francia era aliada del presidente asesinado Habyarimana, lo que demuestra su intromisión en la política africana.

Como ya se vio previamente en otros casos, los Estados deciden intervenir en conflictos o crisis humanitarias cuando eso favorece a sus propios intereses, sean políticos o económicos. En el caso de Ruanda, varios miembros permanentes eligieron no actuar porque la situación en ese país no tenía impacto en el equilibrio de poder del sistema internacional, por lo tanto, no había un incentivo económico para suministrar fuerzas y tomar acción.

En 1994, una ola de 2 millones de refugiados hutus sumados a las milicias de la misma comunidad (responsables por la matanza de 800 000 tutsis) huyeron a la RDC cuando los tutsis asumieron el poder, encabezados por Paul Kagame del FPR. De este modo, podemos asociar las consecuencias del genocidio de Ruanda al efecto dominó que provocó incontables enfrentamientos entre los hutus y los tutsis en territorio congoleño (BBC, 2014).

Más allá de las complicaciones que generó el aumento súbito en la población debido al desplazamiento de los hutus y los tutsis, como identifica Homer-Dixon, es evidente que el malestar existente entre ambas comunidades había provocado más animosidad en un país que ya estaba fuertemente dividido. Durante la Conferencia Nacional de Soberanía en 1991, los representantes de las provincias de Kivu del Norte y Kivu del Sur afirmaron que los banyarwanda y los banyamulenge (grupos de tutsis y hutus de Ruanda y Burundi, respectivamente) eran responsables de la violencia en la región que provocó la huida de los habitantes de las provincias y exigieron el retorno de estos a sus países de origen (Cone, 2007). Estas acusaciones provocaron una ola de ataques contra esas comunidades y la muerte de miles de personas durante 1993 y 1994 (Dunn, 2001 citado en Cone, 2007). Evidentemente, el malestar desde Ruanda y Burundi desbordó las fronteras laxas de la RDC, sumando aún más complejidad a este conflicto multifacético.

Otro ejemplo de debilidad del Gobierno zaireño y de la intromisión extranjera es la rebelión contra el Gobierno de Mobutu en 1996 y 1997, en la cual el Gobierno ruandés intentó derrocar ese régimen⁹. La Alianza de Fuerzas Democráticas para la Liberación del Congo (AFDL), que llevó a cabo la sublevación, fue apoyada y financiada por Ruanda,

⁹ Durante el régimen de Motubu (1971-1997), la RDC fue conocida como la República de Zaire.

Uganda y Burundi. Varios autores sentencian que eligieron a Laurent Kabila, una figura zaireña, como líder del movimiento para tapar el accionar de los países vecinos.

Ruanda tuvo tanta influencia en la rebelión que exigió la inclusión de ciertos grupos militares propios en la AFDL (Lokongo, 2000 citado en Cone, 2007). Por otro lado, los países vecinos argumentaron cuestiones de seguridad a la hora de justificar la intromisión en Zaire. Como plantean los realistas, el sistema internacional es anárquico y hay una falta de confianza entre Estados debido al desconocimiento de las intenciones de los países vecinos. Para mantener su soberanía e independencia, los Estados desarrollan habilidades militares para defenderse y expandir su poder (Homer-Dixon, 1994 citado en Baylis, 1999). Hay que notar que, tras el genocidio de 1994, Ruanda y otros países de la región quisieron evitar otro conflicto tan salvaje y sangriento, por lo que reconocieron las fronteras franqueables y los problemas de seguridad que podían implicar.

Ventaja geopolítica

Otra característica clave para comprender la intervención extranjera en la RDC es la abundancia de recursos naturales. Al resolver el conflicto armado, el Gobierno nacional tomaría el control de sus reservas y el comercio de estas, estableciendo tarifas de exportación y procesos de control, encareciendo el negocio para los compradores. De este modo, la legitimación del comercio y la prohibición de la actividad contrabandista no favorecerían a los Estados compradores de esos recursos.

Susan Strange, en su libro *The Retreat of the State*, describe un desplazamiento de poder, el cual tiene tres características: "(1) shifted upward from weak states to stronger ones 'having global or regional reach; (2) power has' shifted sideways from states to markets and thus to non-state authorities deriving power from their market shares"; and (3) some power has 'evaporated' with no one exercising it" [(1) se desplazó verticalmente desde los Estados más débiles a los más fuertes, logrando un alcance regional o global; (2) el poder se ha desplazado lateralmente de Estados a mercados y, por lo tanto, a autoridades no estatales; (3) una parte del poder se ha evaporado] (Strange, 1996). Waltz respalda esta idea en la cual, dentro del contexto de la política internacional, el poder puede moverse entre los Estados y los mercados. Sin embargo, si el desplazamiento de poder es extremo, las grandes potencias intervienen para revertirlo, defendiendo así sus intereses económicos. Empleando esta teoría, las grandes empresas multinacionales se

ven beneficiadas con la extracción de recursos naturales a bajo costo para luego vender productos en el mercado con los que obtienen enormes ganancias, siendo las industrias tecnológicas y de piedras preciosas las más redituables. Es evidente que tanto a las grandes potencias mundiales como a las empresas internacionales no les favorecería que un país de inmensa riqueza mineral se hiciera cargo de sus propios recursos y manejara su economía de manera autónoma. Podemos explicar esta actitud mediante la teoría realista, que propone que los Estados existen en un sistema de autoayuda en el cual una cuestión fundamental de su preservación es mantener o agrandar la brecha entre la riqueza de unos y otros (Waltz, 2000).

Tal escenario es consistente con la teoría de *spoilers* de Zartman, la cual plantea que las corporaciones comercian con milicias y grupos insurgentes, quienes, a partir de la cesión de recursos, se abastecen de armamento para luchar por sus propias causas y obstaculizar la paz. Lo mismo sucede en la RDC, donde las grandes empresas multinacionales apoyaron e impulsaron las distintas fases del conflicto con el fin de conseguir concesiones o contratos de explotación minera más favorables. Los *spoilers*, en este ejemplo, se beneficiaron del malestar en términos de poder y ganancia económica (Stedman, 1997 citado en Crane Mulinda, 2017).

Capítulo III: Las misiones de paz

No hay duda de que hubo muchos intentos de llegar a una paz duradera en la RDC. ¿Cuáles fueron las características y las tendencias claves de cada misión? ¿Cuáles fueron las dificultades que se enfrentaron durante las negociaciones?

La misión de paz Monuc, impulsada en 1999 con la firma del Acuerdo de Lusaka, tuvo como objetivo brindar asistencia al Gobierno local para restablecer el control en todo el país después de la segunda guerra del Congo. Aunque la guerra terminó oficialmente en 2003 con la firma de los Acuerdos de Sun City, la violencia siguió dominando el este del país. Si bien el principal interés de la misión era proteger a la población civil, los cascos azules no lograron su meta y hubo dos crisis de protección en las provincias de Ituri y Kivu del Sur, hechos que dispararon las primeras marchas en contra de Monuc (Reynaert, s.f).

A pesar de que el Acuerdo de Alto al Fuego de Lusaka fue firmado por la RDC, Namibia, Ruanda, Uganda y Zimbabue, es evidente que varios actores no estaban dispuestos a abandonar sus propios intereses. La asistencia directa de tales participantes externos que desempeñaron roles claves en el conflicto disminuyó la posibilidad de paz, ya que estos debían ceder parte de sus intereses con un resultado de transición. Se puede considerar que la teoría de la madurez entra en juego, pues el conflicto aún no había llegado a tal punto de desarrollo mediante el cual los distintos actores dejaban de lado sus intereses para priorizar la búsqueda de paz. Asimismo, el acuerdo fallido de Lusaka respalda la teoría de *spoilers*, demostrando que varios actores se beneficiaban de la continua violencia y, por ende, no apoyaban ni cumplían con las condiciones acordadas.

En julio de 2010, Monuc se transformó en Monusco, estableciendo como objetivo principal la estabilización y la consolidación de la paz, priorizando la protección de la sociedad civil. Cabe destacar una cuestión polémica que genera muchas dudas en los procesos de paz, a saber: el uso de la fuerza como acción defensiva y de protección de los más débiles. Es evidente que existe una falta de claridad conceptual en el momento de definir la responsabilidad de proteger y actuar. Es el deber del Consejo de Seguridad precisar qué grado de fuerza se puede usar y determinar los límites de acción. El uso de la fuerza sigue siendo un tema tabú que genera ambigüedad y polémica en la comunidad internacional, ya que la existencia y la credibilidad de la ONU se basan en su propósito como organismo imparcial que promueve la paz en el sistema mundial.

En su análisis, Terrie argumenta que la estrategia de disuasión a través de la sola presencia de los cascos azules es uno de los mayores errores de la ONU. Según él, se gana la credibilidad justamente con el uso de la fuerza, puesto que esta es la única manera en la cual el oponente se queda convencido de que el organismo tomará acciones necesarias; si no hay creencia, la misión está condenada al fracaso (Terrie, 2009). El autor plantea esta cuestión como algo sumamente relevante que urge ser resuelto, considerándolo un tema pendiente del Consejo de Seguridad. De todos modos, es esencial que el organismo evalúe y defina con precisión las circunstancias, las medidas por emplear y los actores que van a participar, para que no se minimice el uso de la fuerza por parte de dicho Consejo.

Tanto Lorna McGregor como Virginia Bouvier hacen hincapié en los factores estructurales que entran en juego a la hora de elaborar estrategias para una paz sostenible después del conflicto. El análisis de McGregor se centra en examinar las negociaciones de paz en Sri Lanka, destacando el hecho de que todos los niveles de la sociedad deben formar parte y contribuir al proceso. Shapiro y Hacker-Corden sustentan ese argumento y advierten que reducir la participación a pocos actores puede generar una barrera aún más notable entre los niveles *grassroots* y las élites. Por lo tanto, al meditar los ejemplos estudiados, cabe considerar aquellos aspectos a la hora de armar la estructura de las negociaciones de paz.

En el caso de la RDC, hay numerosos participantes para incorporar, lo cual resulta más compleja la organización de las negociaciones. Sin embargo, es una acción necesaria para generar una dinámica verdadera y enriquecedora, que incrementará las probabilidades de un acuerdo exitoso. Además, es esencial tener en cuenta el análisis de Dianne Otto, el cual explica la importancia de elegir cuidadosamente a los actores involucrados en las negociaciones de paz en un Estado descolonizado. Dicha pensadora acude al caso de la India, donde las clases gobernantes comandaron el proceso de paz y generaron una estructura similar a su época colonial, que monopolizaba las decisiones de gobierno y excluía a otros grupos de la sociedad. Es necesario que se examine y se evite dicho escenario en el proceso de paz que se llevará a cabo en la RDC, un país inmenso en tamaño, excolonia y compuesto de diversas comunidades, que sufre una crisis de identidad por sus propias características y su historia tan cambiante.

Asimismo, otra autora que coincide con la importancia de identificar el enfoque y elegir con prudencia a los actores que forman parte del proceso de paz es Séverine Autesserre. En su análisis, plantea las falencias que genera la decisión de la comunidad

internacional al enfocarse en los motivos del conflicto solo a nivel nacional y regional, dejando de lado el ingrediente local. Autesserre conceptualiza dicho enfoque como verticalista, en el cual los elementos externos que intervienen (es decir, los organismos no gubernamentales [ONG], los cascos azules y los diplomáticos occidentales y africanos) examinan en mayor detalle las cuestiones macro, relegando a un segundo plano las tensiones a nivel micro (Autesserre, 2008, pág. 57). La autora también propone que los problemas considerados únicamente a nivel nacional, tales como la presencia de grupos armados extranjeros en el territorio congoleño o las tensiones entre comunidades indígenas y etnias ruandesas, comparten dimensiones locales fundamentales. Sostiene su análisis en el caso del cese de hostilidades enmarcado en el Acuerdo de Lusaka, donde los implicados en la resolución del conflicto proponían la organización de elecciones como manera eficiente de llevar estabilidad y paz a la región, sin tomar en consideración cuestiones más relevantes en el seno de las comunidades (Autesserre, 2008).

En las entrevistas con actores internacionales que realizó Autesserre, estos aseguraban que la existencia de factores políticos, legales y económicos restringían el acceso a la raíz de la violencia, al origen de la cuestión. Sin embargo, la autora rechaza tal argumento, ya que los mismos obstáculos estaban en juego durante la organización de las elecciones presidenciales y fueron superados. Las hostilidades que aquellos actores no podían vincular a situaciones regionales o nacionales fueron simplificadas y detalladas como actos criminales, un fenómeno cotidiano en un Congo pacífico (Autesserre, 2008). En efecto, había distintos grupos locales e internacionales que desafiaban la cultura dominante de consolidación de paz y no aceptaban que los conflictos *grassroots* a nivel local eran solo delitos, manteniendo la idea de que una agenda descentralizada llevaría a más violencia. Tales actores, estableciendo estrategias tan opuestas a las convencionales, perjudicaban los intereses de las organizaciones que fueron marginadas durante el proceso.

Toda la literatura que analizó las misiones de paz y sus falencias destaca la necesidad de llevar a cabo las negociaciones teniendo en cuenta los niveles locales, no solo dándole más lugar a los actores domésticos, sino permitiendo que las autoridades y las organizaciones de base tomen las riendas, subrayando un enfoque vertical, de abajo hacia arriba (Autesserre, 2008). De hecho, los actores internacionales, para evitar limitaciones en el escenario local, pueden contribuir en otros aspectos, ya sea aportando fondos para las iniciativas o compartiendo el conocimiento técnico para la resolución del conflicto. Asimismo, el Consejo de Seguridad debe definir audazmente su estrategia de

protección civil con el objetivo de clarificar el uso de la fuerza, que se encuentra, hoy en día, en una zona gris en las misiones. Al tener una definición más clara, la participación de los cascos azules se vuelve más significativa y efectiva.

Si bien la ONU reconoce la gravedad de la guerra civil en la RDC, sus intentos de llegar a una paz duradera han fallado. Más allá de las medidas específicas que emplea y las acciones que toma, cabe analizar su rol y su impacto en el ámbito global. Para entender por qué la organización internacional más importante del mundo no ha logrado poner fin a la violencia en el país, es interesante considerar la influencia y el poder que realmente tiene el organismo en el sistema mundial. Si tomamos la perspectiva del realismo, Waltz explica que las instituciones internacionales están limitadas y moldeadas por los Estados que las crearon y las mantienen; por lo tanto, tienen poco impacto independiente. El autor da el ejemplo de la historia reciente de la OTAN que ilustra la subordinación al interés nacional (Waltz, 2000). La OTAN fue fundada en 1949 con el propósito de defender a sus Estados miembros de la amenaza de los países comunistas. Es llamativo que esta alianza siga viva en la época posterior a la Guerra Fría y que continúe sumando miembros a pesar de la disolución de la URSS, la supuesta adversaria de la organización. Waltz señala que Estados Unidos ni siquiera anunció disminuir su presupuesto con la noticia de la separación de China del bloque soviético. Si bien hubo un giro en el foco de la organización, no se detallan los nuevos planes y los miembros europeos redujeron gradual y unilateralmente su compromiso militar. Es decir, como explica Waltz, hasta la simulación de seguir actuando como una alianza militar desapareció. Con la eliminación del enemigo y el cambio en el compromiso de sus miembros, ¿cuál es la justificación de la existencia y la expansión de la OTAN hoy en día? Los realistas ven la supervivencia de la organización como una herramienta para prolongar y consolidar su control sobre la política exterior y militar de los Estados europeos. El Gobierno de Estados Unidos ni siquiera niega la existencia del mecanismo de la OTAN. En palabras de John Kornblum, quien pertenecía a la secretaría de Estado para asuntos europeos: “The Alliance provides a vehicle for the application of American power and vision to the security order in Europe” [La alianza provee un vehículo para la aplicación de poder y de la visión estadounidense al orden de seguridad en Europa] (citado en Waltz, 2000).

Volviendo al impacto de las instituciones internacionales, el caso de la OTAN ilustra la falencia de estas en su función imparcial, restringiendo las intenciones de los

Estados como actores en un sistema anárquico. Asimismo, demuestra que las grandes potencias utilizan los organismos para mantener su poder y lograr sus propios intereses. Este escenario se ha visto plasmado en la destitución y posterior asesinato del presidente Patrice Lumumba y la toma de poder de Mobutu Sese Seko, hechos orquestados por la CIA con el visto bueno de la ONU. Es lógico, entonces, considerar la misma hipótesis para la ONU y su rol en los conflictos en la RDC: la toma de decisiones no depende de la mayoría de los Estados y del anhelo colectivo de la paz, sino de los intereses de los miembros que tienen mayor influencia tanto a nivel nacional como internacional.

Conclusión

A la hora de analizar y definir la situación en la RDC, es evidente que hay varios factores que han provocado el conflicto complejo que sigue aterrando a los congoleños hasta el día de hoy. Es probable que la historia del país como colonia, la ocupación y la esclavitud influyan considerablemente en su situación actual, creando un puente entre pasado y presente, entre colonialismo e inestabilidad actual. La riqueza de recursos naturales en sus tierras, asociada a una maldición más que una bendición, provoca consecuencias desastrosas para el país, tales como la violación de derechos humanos, pobreza, intimidación y la enorme escala de violencia sexual. El tamaño del país y su compleja geografía facilitan el movimiento poblacional y aumentan el riesgo de inseguridad para sus países vecinos, lo que lleva al tráfico de recursos naturales y armas que alimentan el conflicto. Es esencial reconocer también cómo las diferencias en la diversidad étnica y cultural exacerban la situación entre comunidades en el país. A pesar de los esfuerzos para lograr la paz en la RDC, las condiciones horribles y las atrocidades a las que está sometida la población congoleña siguen siendo muy reales.

Por otro lado, el pasado de la RDC le pesa inmensamente, ya que el país fue usado como el patio trasero de las potencias europeas. Su experiencia traumática como colonia dejó marcados a la población, a los grupos y a las comunidades, que desconfiaban del otro por los acontecimientos vividos en su etapa pretérita. Asimismo, la división del continente africano en el modelo Estado nación eliminó su identidad tribal y su sistema político tradicional. Al obtener su independencia, el líder del país electo democráticamente fue cesado de sus actividades por un golpe de Estado financiado por Estados Unidos, lo que demostró que el poder en el país seguía en las manos de actores externos. Agudizando el problema, Estados Unidos respaldó a un líder incapaz, quien fue responsable de establecer una dictadura brutal y sangrienta y generó un nivel de corrupción jamás visto, dejando el país en ruinas.

La nación que tiene una potencial riqueza mineral notable no puede levantarse debido a la corrupción interminable, la carencia de infraestructura y la escasa presencia estatal en las zonas donde insurgentes siguen en control.

Es cierto que la ONU ha intervenido en la crisis humanitaria suministrando asistencia médica y cascos azules y blancos. El Consejo de Seguridad de la ONU reconoce que el Estado en sí es responsable del bienestar de su pueblo; no obstante, tiene el deber de proteger a la población cuando cree que el Estado no está cumpliendo con ese rol. Por

este motivo, la ONU ha realizado misiones de paz en países en todo el mundo, adaptando su misión según la crisis en cuestión. A pesar de que los cascos azules siguen trabajando para poner fin a las hostilidades y proveer ayuda en varias regiones del país, las misiones de paz no han tenido el éxito esperado a causa de la falta de conocimiento sobre el conflicto y por no haber considerado a los actores centrales en las negociaciones de paz. Una temática recurrente que surge cuando se examinan los factores que obstruyen el proceso paz en la RDC es la necesidad de abordar el conflicto a nivel local. Esto es una limitación de los esfuerzos anteriores y claramente una de las razones por las cuales fallaron.

Se pueden tomar muchas lecciones de los intentos anteriores de solución de conflicto, la más significativa sería la importancia de la participación y la representación locales en los procesos de toma de decisiones y en la implementación de proyectos. Es necesario dar pasos fundamentales para asegurar estrategias *grassroots* en todos los aspectos del proceso de paz, ya sea mediante la comunicación entre grupos militares, a través de planes para mejorar la infraestructura y el transporte en el país o bien brindando apoyo a las víctimas de la violencia. Llevar a cabo estas medidas garantizará que las soluciones que se desarrollen sean serias, realistas y aceptadas por el pueblo congoleño.

Comparto la recomendación de Autesserre de que esta estrategia debería ser, además de la política desde arriba hacia abajo, una técnica que no está para reemplazar a la otra. Es vital abordar el conflicto empleando ambos enfoques a la vez: el verticalista, donde los organismos internacionales y las ONG ofrecen asistencia económica y guían con conocimiento técnico, y desde abajo hacia arriba, que les permite a la sociedad civil, a las autoridades locales y a las organizaciones de base (*grassroots*) liderar el diálogo. Asimismo, es crucial que el Consejo de Seguridad defina con precisión el uso de fuerza para tener mayor impacto en la protección de la población civil y de su propio personal.

Lo fundamental para romper la cadena de violencia y explotación de esta nación no es el abandono ni el olvido, sino la perseverancia, la cooperación y la conciencia por parte de la comunidad nacional e internacional.

Más allá del contenido y la organización de las misiones, hay que tener en cuenta qué rol tiene la ONU y qué poder e influencia ejerce a nivel mundial. Por más que queramos creer en las buenas intenciones de los organismos internacionales como actores que ayudan a supervisar y restringir las acciones de los Estados, cabe destacar que tales entidades son influenciadas por los intereses de los países que tienen mayor poder en el propio sistema, esencialmente el hegemon Estados Unidos.

Como vimos en los numerosos casos de África y otros continentes del mundo, lo antedicho pasa a ser irrelevante si las grandes potencias ven que la constitución de un Gobierno independiente y estable en la RDC (o en cualquier otro país) podría ir en contra su ideología. Tanto en ese caso o ante la creación de un bloque regional o político poderoso (ambos considerados amenazas que pueden afectar los intereses hegemónicos), la potencia mundial no querrá exponerse a ningún riesgo, por lo tanto, buscará neutralizar o eliminar el peligro de inmediato.

Por ende, el destino de la RDC depende de muchos factores. Sin embargo, el fundamental sería el porvenir del sistema internacional y su equilibrio de poder. Si el país logra establecerse con un Gobierno legítimo y transparente sin agitar las aguas a nivel internacional, podría gozar de un futuro pacífico libre de violencia y económicamente próspero.

Bibliografía

- Ahere, J. (6 de diciembre de 2012). *The peace process in the DRC A transformation quagmire*. Recuperado el 3 de enero de 2020, de Accord: <https://www.accord.org.za/publication/peace-process-drc>
- Akinola, O. (1989). The colonial heritage and modern constitutionalism in Africa. *African traditional political thought and institutions*, 270.
- Askin, S., & Collins, C. (1993). External Collusion with Kleptocracy: Can Zaire Recapture Its Stolen Wealth? *Review of African Political Economy*, 57, 72-85.
- Autesserre, S. (mayo de 2008). The Trouble With Congo. How Local Disputes Fuel Regional Conflict. *Foreign Affairs*. Recuperado el 13 de octubre de 2019, de <http://www.foreignaffairs.com/articles/63401/s%C3%83%C2%A9verine-autesserre/the-trouble-with-congo>
- BBC. (10 de abril de 2014). *BBC*. Recuperado el 11 de enero de 2019, de Rwanda genocide: Domino effect in DR Congo: <http://www.bbc.co.uk/news/world-africa-26946982>
- BBC DR Congo country profile*. (10 de enero de 2019). Recuperado el 30 de enero de 2019, de BBC: <https://www.bbc.com/news/world-africa-13283212>
- Besteman, C. (5 de septiembre de 2019). *The Costs of War in Somalia*. Obtenido de Watson Institute International and Public Affairs, Brown University: https://watson.brown.edu/costsofwar/files/cow/imce/papers/2019/Costs%20of%20War%20in%20Somalia_Besteman.pdf
- Bjarnadóttir, E. S. (2017). Conflict in the Democratic Republic of Congo A study of "new wars". *Tesis de maestría*. University of Iceland.
- Bouvier, V. (2012). Lessons for Colombia's Peace Talks in Oslo and Havana. *United States Institute of Peace*, 5-9.
- Carrión, F. (5 de octubre de 2018). *El País*. Recuperado el 12 de abril de 2019, de Nadia Murad y Denis Mukwege, premios Nobel de la Paz: http://internacional.elpais.com/internacional/2014/10/21/actualidad/1413914504_527447.html
- Carta de las Naciones Unidas. Capítulo 1: Propósitos y Principios*. (s.f.). Obtenido de United Nations: <https://www.un.org/es/sections/un-charter/chapter-i/index.html>
- Cone, C. (2007). An Analysis of the Economic Dimension of the Conflict in the Democratic Republic of Congo with Recommendations for Track One Diplomacy. *Tesis de maestría*, 75. University of Pretoria, Facultad de Humanidades.
- Cunningham, D. (1 de 2 de 2013). Who Should be at the Table? Veto Players and Peace Processes in Civil War. *Penn State Journal of Law and International Affairs*.

- Deibert, M. (21 de noviembre de 2012). *Congo peace deal was doomed to failure*. Recuperado el 12 de abril de 2019, de The Guardian: <https://www.theguardian.com/world/2012/nov/21/congo-m23-deal-goma>
- Doyle, M. (1983). Kants, Liberal Legacies, and Foreign Affairs. *Philosophy and Public Affairs*.
- Drysdale, J. (1994). *Whatever happened to Somalia? A tale of tragic blunders*. Londres: Haan Associates.
- Dunn, K. (2001). Identity, Space and the Political Economy of Conflict in Central Africa. *Geopoliticas*, 6(2).
- Durchmied, E. (2008). *De Robespierre al Che Guevara las revoluciones en la historia*. Barcelona: Robinbook S.L.
- Economist, T. (21 de enero de 2011). *Violence against women: War's overlooked victims: Rape is horrifyingly widespread in conflicts all around the world*. Recuperado el 31 de enero de 2020, de The Economist: <https://www.economist.com/international/2011/01/13/wars-overlooked-victims>
- Evans, T., & Wilson, P. (1992). Regime Theory and the English School of International Relations: Comparison. *Millenium: Journal of International Studies*, 21(3), pág. 330.
- Gibbons-Neff, T., & Schmitt, E. (21 de octubre de 2019). *New York Times*. Obtenido de <https://www.nytimes.com/2019/10/21/world/middleeast/us-troops-deployments.html>
- Gomes Porto, J. (2002). Contemporary Conflict Analysis in Perspective. *Africa Portal*, 2-3.
- Habermas, J. (2000). *The Inclusion of the other: Studies in Political Theory*. (C. Cronin, & P. De Greiff, Edits.) MIT Press.
- Hacker-Corden, C., & Shapiro, I. (1999). *Democracy's Edges*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Herbst, J. (21 de 1997). Responding to State Failure in Africa. *International Security*, 120-144.
- Homer-Dixon, T. (1994). Environmental Scarcity and Violent Conflict: Evidence from Cases. *International Security*, 19(1).
- Huband, M. (2004). *África después de la Guerra Fría La Promesa rota de un continente*. Barcelona: Paidós.
- Huntington, S. P. (1993). The Clash of Civilizations? *Foreign Affairs*, 72, 22-24.
- Hurrell, A. (1992). Teoría de regímenes Internacionales: una perspectiva europea. *Foro Internacional*, 32(5), pág. 656.
- Ikelegbe, A. (1989). Checks on the abuse of political power. *African traditional political thought and institutions*, págs. 148-151.

- International Criminal Court*. (7 de noviembre de 2019). Recuperado el 21 de noviembre de 2019, de Bosco Ntaganda sentenced to 30 years' imprisonment: <https://www.icc-cpi.int/Pages/item.aspx?name=pr1494>
- Kaldor, M. (2012). *New and Old Wars: Organized violence in a Global Era*. Cambridge: Polity Press.
- Kornblum, J. (1994). *NATO's Second Half Century- Tasks for an Alliance*. La Haya: Netherlands Atlantic Commission.
- Kusimba, C. M. (2004). Archaeology of Slavery in East Africa. *African Archaeological Review*, 21, 59-88.
- Leithead, A. (Dirección). (2018). *BBC documentary: Congo, a journey to the heart of Africa* [Película]. Recuperado el 11 de febrero de 2019, de <https://www.bbc.co.uk/programmes/n3ct5fyt>
- Lokongo, A. (2000). The Suffering of Congo. *New African*, 388.
- Mazrui, A., & Tidy, M. (1984). *Nationalism and new states in Africa*. Nairobi: Heinemann Kenya.
- McGregor, L. (2012). Beyond The Time and Space of Peace Talks: Re-Appropriating the Peace Process in Sri Lanka. *International Journal of Peace Talks*, 11(1), pág. 41.
- McGregor, L. (2012). Beyond The Time and Space of Peace Talks: Re-Appropriating the Peace Process in Sri Lanka. *11(1)*, 41-42.
- Mearsheimer, J. (2001). *The Tragedy of Great Power Politics*. New York: W. W. Norton & Company.
- Mehdiyev, A. (27 de junio de 2012). *United Nations Security Council Letter*. Obtenido de Letter dated 26 June 2012 from the Chair of the Security Council Committee established pursuant to resolution 1533 (2004) concerning the Democratic Republic of the Congo addressed to the President of the Security Council: http://www.un.org/ga/search/view_doc.asp?symbol=S/2012/348/Add.1
- Nunn, N. (123 de 2008). The Long Term Effects of Africa's Slave Trades. *Quarterly Journal of Economics*, págs. 139-173.
- Nunn, N. (123 de 2008). The Long Term Effects of Africa's Slave Trades. *Quarterly Journal of Economics*, págs. 139-173.
- Otto, D. (1996). Subalternity and International Law: The Problems of Global Community and the Incommensurability of Difference. *Social and Legal Studies*, 147-164.
- Quijano, A. (2014). *Colonialidad del poder y clasificación social*. Obtenido de CLASCO: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20140506032333/eje1-7.pdf>
- République démocratique du Congo - Vue d'ensemble*. (15 de abril de 2019). Recuperado el 15 de noviembre de 2019, de Banque Mondiale: <http://www.banquemondiale.org/fr/country/drc/overview>

- Reynaert, J. (s.f.). MONUC/MONUSCO and Civilian Protection in the Kivus. *International Peace Information Service*, 14.
- Rojas, A. (30 de junio de 2012). La nueva guerra de 'Terminator', la vieja matanza del coltán. *El Mundo*. Recuperado el 14 de agosto de 2019, de <https://www.elmundo.es/elmundo/2012/07/30/internacional/1343611764.html>
- Schatzberg, M. (1991). *Mobutu or chaos: The United States and Zaire, 1960-1990*. Lanham: University Press of America.
- Singer, D. J., & Small, M. (1972). The Correlates of War Project: Interim and Report Rationale. *World Politics*, 24(2), 1.
- Snow, D. (octubre de 2013). *DR Congo: Cursed by its natural wealth*. Recuperado el 13 de marzo de 2019, de BBC: <http://www.bbc.com/news/magazine-24396390>
- Spittaels, S., & Hilger, F. (2009). Accompanying Note on the Interactive Map of Militarised Mining Areas in the Kivus. *International Peace Information Service*.
- Stedman, S. J. (53 de 5 de 1997). Spoiler Problems in Peace Processes. *International Security*.
- Strange, S. (1996). *The Retreat of the State: The Diffusion of Power in the World Economy*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Terrie, J. (2009). The use of force in UN peacekeeping: The experience of MONUC. *African Security Review*, 21-32.
- Thakur, R. (2013). Humanitarian Intervention and the Responsibility to Protect. *International Security*, 37(4), 388.
- UN Peacekeeping*. (s.f.). Recuperado el 15 de septiembre de 2019, de MONUC Background: <https://peacekeeping.un.org/mission/past/monuc/background.shtml>
- UN Peacekeeping*. (s.f.). Obtenido de Rwanda UNAMIR Background: <https://peacekeeping.un.org/en/mission/past/unamirS.htm>
- UNHCR Democratic Republic of Congo*. (30 de enero de 2019). Obtenido de UNHCR: <https://www.unhcr.org/democratic-republic-of-the-congo.html>
- Vázquez-Figueroa, A. (26 de junio de 2008). *RTVE La lucha por el coltán, el mineral de los móviles*. Recuperado el 19 de octubre de 2019, de RTVE: <http://www.rtve.es/noticias/20080626/lucha-coltan-mineral-moviles-centra-nueva-novela-vazquez-figueroa/104231.shtml>
- Waltz, K. (2000). Structural Realism after the Cold War. *International Security*, págs. 1-19.
- Weyns, Y. (2016). *Analysis of the interactive map of artisanal mining areas in eastern DR Congo 2015 update*. International Peace Information Service.
- Zaccheus, S. A., Ayoade, J., & Agbaje, A. (1989). *African traditional political thought and institutions*. Lagos: Centre for Black and African Arts and Civilization.

Zartman, W. (20 de 2015). Mediation: Ripeness and its Challenges in the Middle East.
International Negotiation, págs. 479-493.